

REMONTANDO EL PARANÁ

A la gentil y distinguida señora

HAYDÉE D. A. DE C. ROPES

Del ancho río de sagrado nombre
que retrata florestas y arenales,
donde arrancó el espíritu del hombre
su vuelo á los espacios ideales,
Del Nilo vienes, de inmortal memoria;
que asombrado escuchó, ó enternecido,
de Moisés, al triunfar, himno de gloria,
de Pompeyo, al caer, ¡ay! de vencido.
En esa tierra mísera de esclavos
el sol de fuego caldeó tu cuna,
mas eres de la raza de los bravos
que tuvieron esclava á la fortuna.
Por eso, hija del Nilo, eres viajera
que has bebido también el agua santa,
á cuya margen yérguese, altanera,
del Coliseo audaz la regia planta.
Sol y agua que la historia bendecía
como genios tu cuna presidieron;

tu espíritu inundaron de armonía,
y el arte y el amor alas te dieron.
De otros climas y edades compendiando
lo grande y bello que el pasado encierra,
avecilla gentil, pasas cantando,
viajera de los cielos y la tierra!
Mas hoy que al porvenir tiendes el vuelo
entre costas que visten de esmeralda,
bajo este hermoso americano cielo,
del Paraná sobre la fuerte espalda,
Sea tu noble espíritu, valiente,
amoroso, y gentil, y delicado,
nuevo lazo de unión en lo presente,
entre este porvenir y aquel pasado.
El fuego del amor y el de la idea
una vez más por tí llamen *hermana*
en tierra americana á la europea,
y en Europa á la tierra americana.
Viajeros somos que en la misma nave
bogamos con la frente pensativa,
con la inquietud efímera del ave,
y siempre cielo arriba... cielo arriba!
Y así como la luna nacarada
que platea las ondas de este río
brilla también en tu ciudad sagrada,
llena de majestad y señorío,
Así también donde hoy nos ilumina,
en lugar de estas regias soledades,
mañana alumbrará su luz mezquina
estatuas, y palacios, y ciudades...
Y sus ruïnas después. Como en otrora
iluminó grandezas, hoy escombros;
no cuida de la carga abrumadora
que el mísero mortal lleva en sus hombros.
Carga de los dolores de la vida
que el resumen serán de nuestro viaje,
y va arrastrando el alma en su partida
como lleva el viajero su equipaje.
Vapor es el planeta, y pasajeros
somos de ese vapor; todos hermanos,
como hoy, surcando el Paraná, sinceros,
ya nos tendimos amistosas manos.
Y tú, que fuiste el lazo cariñoso
que trabó entre nosotros la armonía,
el puerto has merecido más dichoso
á que arribar tu espíritu querría.
Y por lo bondadosa y hechicera

que Dios formarte en sus arcanos quiso,
¡sea tu nuevo hogar tu dicha entera,
y esta tu nueva patria el paraíso!

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

RITMOS

Si tu nombre bendito procuro
borrar del cerebro,
y borrar de mis ojos tu imagen,
y borrar de mis labios tus besos,
con angustia miro,
con espanto veo,
que es mi amor como mar sin riberas,
lo mismo que el cielo.

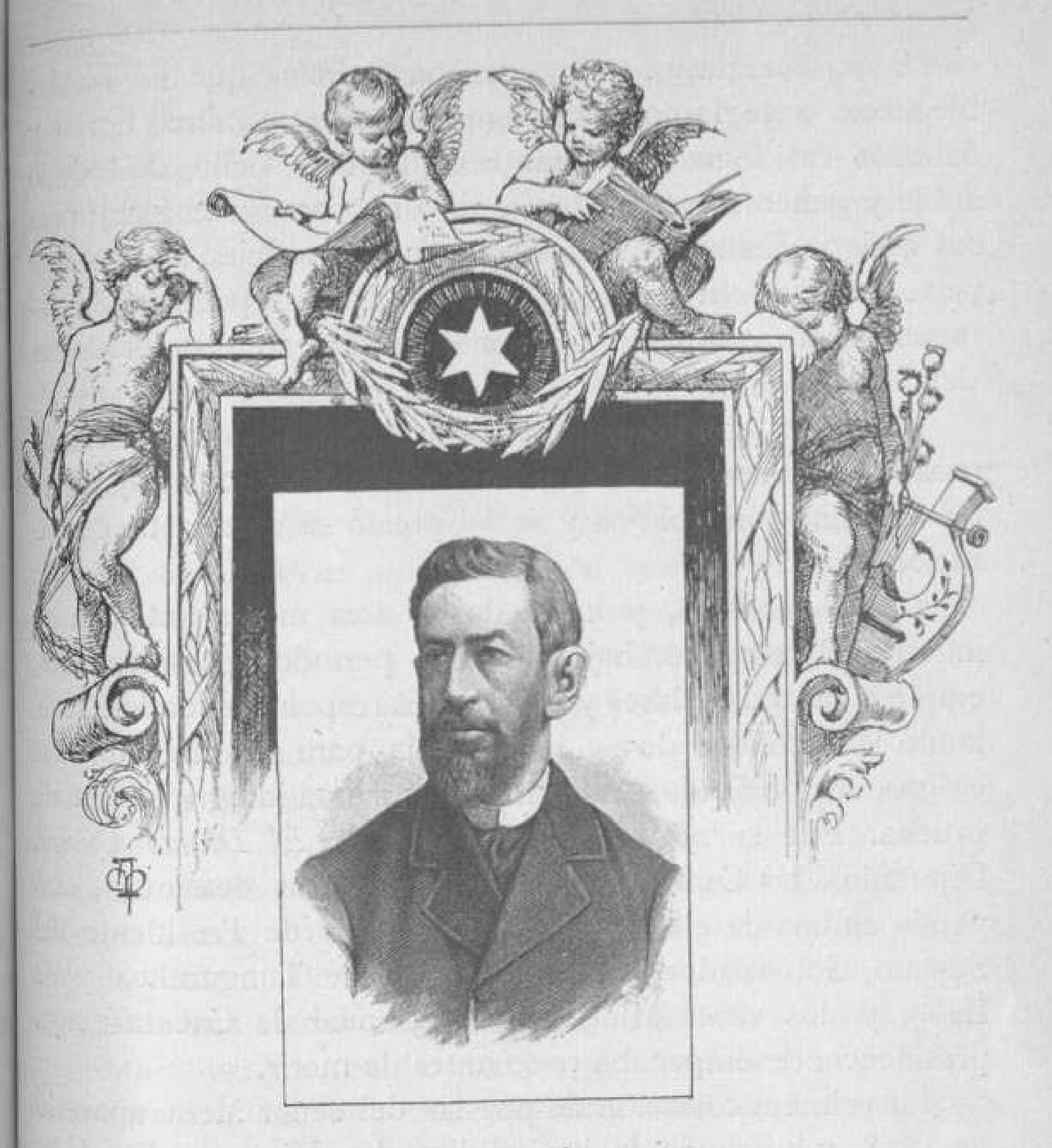
Detrás de las olas
más verdes las olas se ven á lo lejos,
y la espuma es vanguardia de espumas
que agitan el yodo que hierve en su centro.
Detrás de los soles
hay soles sin término,
y de azul y de púrpura y de oro
se viste el enjambre de los universos.

Las olas caminan detrás de las olas,
miriadas de soles hay tras los luceros,
y al recuerdo, que ansío negarte,
siguen infinitas ondas de recuerdos.

La idea me dice
con frases de fuego:
—«Cuando ya te encuentres
dormido en el féretro,
cada átomo tuyo,
cada fibra de esas que forman tu cuerpo,
aun después de libre
y unida á la ronda de los elementos,
del cariño tuyo guardará las huellas
mientras dure el tiempo,
¡como, roto el odre, sus pedazos guardan
el perfume suave del licor añejo!»

CARLOS ROXLO.

Buenos Aires, 1895.



DON JUAN LEÓN MERA

Nació don Juan León Mera en la pintoresca ciudad de Ambato el 28 de Junio de 1832. No era, pues, viejo cuando el 13 de Diciembre pasado le sorprendió casi inesperadamente la muerte.

Los primeros años de su vida los pasó apaciblemente en las márgenes del río que baña su ciudad natal, y á la cual da su nombre. Jamás entró en escuela alguna, ni recibió más instrucción primaria que la que, huérfano de padre, pudo darle su buena madre. De escritor alguno con más razón ha podido decirse que fué hijo de sus propios esfuerzos.

A una energía y firmeza de convicciones que no se doblegaban ante imposición alguna, unía un alma tierna y delicada, casi femenina, amante de todo lo bello, de todo lo noble y generoso, un corazón de oro para su hogar y para sus amigos, hermosos sentimientos que se reflejan en la mayor parte de sus escritos, principalmente en sus poesías de carácter íntimo y familiar, que son muchas, y en su correspondencia privada.

Sus raras condiciones de carácter y de inteligencia no pasaron inadvertidas al famoso García Moreno, á cuya obra de regeneración política y social prestó su entusiasta cooperación.

Desde entonces, y hasta dos ó tres meses antes de su muerte, desempeñó, bajo distintos períodos presidenciales, empleos de todas clases y de grandes responsabilidades, revelando la ductilidad de su inteligencia para los más difíciles cargos, sus profundos conocimientos y una integridad á toda prueba. Fué sucesivamente redactor de *El Diario Oficial*, Diputado á las Cámaras legislativas en varias ocasiones, ocupando en una de ellas el altísimo puesto de Presidente del Senado, Gobernador de las provincias de Tungurahua y de León, y dos veces Ministro del Tribunal de Cuentas, cuya presidencia desempeñaba poco antes de morir.

La primera colección de poesías del señor Mera apareció en 1858, y luego vió la luz pública *La Virgen del Sol*, leyenda del género incásico, de la que hace cosa de cuatro años se hizo una nueva reimpresión en Barcelona. Siguieron la leyenda titulada *Mazorra*, el libro de *Melodías indígenas* y multitud de composiciones sueltas que aparecieron en folletos, hojas sueltas y en las páginas de la *Revista ecuatoriana*, trabajos todos que demuestran la riqueza literaria del poeta.

Sus obras en prosa forman asimismo una numerosa serie, y eso que sólo una parte de ellas están coleccionadas. De esta enorme producción dispersa conocemos únicamente la que vió la luz en la *Revista ecuatoriana*.

Se distinguió, además, y de un modo muy notable, como crítico y como erudito, consagrando casi por entero su inteli-

gencia y su aplicación á la literatura patria. Todo su afán cifrólo en darla á conocer á sus propios paisanos, y más que á ellos todavía á los extranjeros, mostrándose en éste su propósito tan infatigable como en los restantes que llenaron su vida. A este fin obedeció su *Ojeada crítico-histórica sobre la poesía ecuatoriana*, que con los retoques y apéndices que le añadió en la última edición de Barcelona de 1893, constituye una verdadera historia del Parnaso de su patria desde sus orígenes hasta nuestros días.

Quédannos todavía por citar *La Historia de la Restauración en el Ecuador*, obra inédita, la *Escuela doméstica*, la colección de las *Obras selectas* de Sor Juana Inés de la Cruz, con una biografía y juicio crítico, y su serie de novelitas, tan celebradas por Valera, y que bien pudiéramos calificar de ejemplares, *Los novios de aldea*, *Entre dos tías y un tío*, *Por qué soy cristiano*, etc.

Por cima de todas sus obras en prosa de imaginación, se alza *Cumandá*, la novela hispanoamericana que más resonancia ha tenido fuera del Sud-América, después de la *María* de Jorge Isaacs, y que ha valido á su autor entusiastas encomios de Valera, Pereda, Alarcón y Menéndez Pelayo, los honores de una traducción alemana, y hasta los del plagio en la literatura yankee, en la cual corre entre la gente moza como obra original, sin otras modificaciones que los cambios de nombres indispensables.

Muchas ilustres sociedades del extranjero solicitaron su docto concurso y le enviaron el honorífico diploma de corresponsal suyo, entre ellas las dos Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla, y otras de Bélgica, República Argentina, etc., etc.

Basta con lo dicho para que nuestros lectores se formen idea de la notable personalidad literaria, cuya desaparición lamentamos hoy cuantos amamos las glorias del rico Parnaso castellano, en cuyos dominios, por fortuna, todavía no se pone el sol.

LA SALVE EN UNA ALQUERÍA



El monte, no ha media hora,
ocultó la gran lumbrera,
cuyo fulgor de los cielos,
huyendo va con presteza.
Tan sólo por las roturas
de nubes pardas y negras,
se ven espacios de nácar
en que la luz reverbera,
como si de ángeles fuesen
pechos y frentes risueñas
que un breve instante asomasen
del Paraíso á las puertas.
A envolver de la montaña
la mole se alzan las nieblas,
cual si del frío nocturno
pretendiesen defenderla.
El cierzo las alas bate
por campiñas y praderas,
y el humo de las cabañas
en desparcir se recrea.
Con el cierzo y con la sombra
el grave silencio llega,
que con el dedo en los labios
toda voz y ruido veda.
La creación enmudece
perezosa y soñolienta;
la noche triunfa; en su manto
luce ya tal cual estrella.
Ya el túmulo de la tarde
cobijó manta funérea;
la diosa que la ha extendido
verterá llanto sobre ella.
¡Qué hora, qué sombra, qué calma!
¡Qué tristeza en cielo y tierra!
pero no tan brumadora
como la que en mi alma impera.
La luz que hoy se fué del cielo
mañana vendrá risueña,
¡nunca jamás mi alegría,
que no está ida, sino muerta!

—

De la alquería la casa
puede divisarse apenas,
como en un caos sombrío
grupo de sombras más negras.
Bajo el alero de paja
que cual flocadura cuelga,
y suspiros imitando
al soplo del viento suena,
los hijos de la desdicha,
labriegos indios, se sientan,
silenciosos cual las nubes
que en los espacios vaguean.
Tosca cruz delante se alza
sobre peana de piedra,
símbolo de redención,
mas también de humanas penas.
Al pie de la cruz, al viento
la rugosa frente expuesta,
un indio anciano se postra,
pobre de ropa y de fuerzas.
Los demás, á ejemplo suyo,
hincan la rodilla en tierra,
y las frases repitiendo
del viejo, devotos rezan.
Susurro de agua entre guijas
la unísona voz semeja,
ó al que hace al despedazarse
de un molino entre las ruedas.
Luego los labios silencio
de breves instantes sella,
y después en pío canto
las sonoras voces sueltan:
cantan la sencilla Salve,
Salve de campos y aldeas,
á la cual oído atento
la Virgen sin duda presta:

«¡Salve, oh Hija de Dios Padre! (1)
¡Salve Emperatriz del cielo,
del Salvador virgen madre,
del hombre guía y consuelo!
¡Salve, refugio seguro
de míseros pecadores,

(1) Los conceptos y las frases de estas cuartetas son los mismos de la *Salve* que cantan nuestros indios en el campo. El autor ha visto muchas veces la escena que describe.

contra tentaciones muro,
remedio á nuestros dolores!
¡Salve, Estrella matutina
de incomparable belleza!
¡Salve, Azucena divina
de castidad y pureza!
¡Salve, de gracias tesoro,
claro espejo de justicia,
de los cielos puerta de oro,
de los ángeles delicia!»

Silvestres son los acentos,
desigual es la cadencia,
pero ¡ah! ¡qué conmovedora
de ese canto la tristeza!
Ni de tórtola el lamento,
ni el de huérfana ovejuela,
ni el grave rumor del río
allá en su lecho de piedras;
ni la vaga voz del cierzo
entre ramas y hojas secas:
nada á esas tétricas notas
hay que compararse pueda:
son gritos del infortunio,
son ayes de la miseria,
que en nuestros campos y montes
há más de tres siglos suenan:
salutación del dolor
á quien del dolor fué reina,
por el mundo coronada
del Calvario en la eminencia.

—

¿Queréis algo más profundo
y de acción muy más intensa
que aquella melancolía
de la Salve de la aldea?
Hallarlo podréis acaso
en las regiones internas
del ser que en el mundo vive,
porque á vivir se le fuerza;
¡ay! sí: en el alma buscadlo
mal avenida en la tierra;
en el alma que comprende
más que otras su suerte adversa;
que siente más que otras almas,
que más que otras almas piensa,
que ama cual no ama ninguna,

que cual ninguna desea;
que un rastro de luz siguiendo
hacia otro mundo se eleva,
donde la patria columbra
en cuyas delicias sueña;
pero luego, como el ave
en cordel infame presa,
cae al suelo, do la aguardan
centuplicadas miserias:
buscad, buscad la inaudita,
la inenarrable tristeza
en el alma solitaria
que en su destierro lamenta;
en el alma que amontona
sólo para otras riqueza,
que á otras sus panales dando
apura el acíbar ella;
en el alma que de ardientes
cantares el mundo llena,
en tanto para ella el mundo
hielo de desdén reserva;
buscadla en el misterioso
ser, de afectos raros mezcla,
mas de Dios obra sublime—
¡en el alma del poeta!

JUAN LEÓN MERA.

Abril 10 de 1886, al pie de los Andes.

EN EL ABANICO DE LÍA

Puso la noche en tus ojos
la tiniebla y el misterio,
su inmensidad el espacio,
sus resplandores el cielo,
su timidez la inocencia,
el corazón sus ensueños,
el paraíso del alma
penas, nostalgias, recuerdos,
el amor, afán, ternura,
llamas, caricias y besos...
y yo, vida mía, puse
toda mi esperanza en ellos.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

4 de Mayo de 1895.

LOS TERREMOTOS DE SAN JUAN



—¿Conque estuvo usté en San Juan
cuando el terremoto, Soto?
¿y qué es eso?
—¿Un *te-remoto?*
¡casi, casi un *te-dansant!*

EPIGRAMA

—¿Usted aquí?
—Sí, monona...
—¿Y su mujer?
—De paseo
con el dichoso primito,
y pues en vano protesto
y ella se va por un lado...
¿qué he de hacer? yo aquí *me vengo.*



MIEDOS

El salón estaba obscuro, muy obscuro. Los espejos cegados por la obscuridad no reflejaban en sus colosales pupilas los buques chinos de marfil, los dorados muebles, las sedosas cortinas ni las caprichosas licoreras y chucherías que adornaban los chineros.

En la puerta del salón, como dos ujieres medioevales, estaban reflexionando, de pie sobre sus pedestales de mármol, envueltos en la gasa intangible de las tinieblas, Dante, en su actitud hierática, con el dedo sobre los labios, y Petrarca recostado sobre su lira. La araña, como una inmensa plomada de cristal, se descolgaba largamente del techo, y cada vez que un carruaje estremecía el salón con su escandaloso rodar sobre las piedras de la calle, interrumpía el silencio con el tintineo de sus prismas sonoros. El riquísimo Pleyel, abierta su bocaza de madera, reía sin ruido haciendo jugar sobre su larga hilera de dientes ese átomo de luz que siempre existe disuelto en toda obscuridad. Parecía una inmensa cabeza de hotentote risueño. Lejanos relojes daban campanadas cuyos ecos se colaban por las junturas de puertas y ventanas, y resbalando sobre la alfombra de Bruselas iban á perderse en las demás habitaciones. Luego... nuevamente el silencio.

Dieron las tres, y una de las puertas se entreabrió y penetró en el salón una sombra, lentamente, arrastrándose como

un gnomo curioso que camina con precaución para no hacer ruido. Subió al piano, y caminando sobre el teclado, produjo una escala imperfecta. Probablemente le disgustó al gnomo su poca disposición para la música, porque inmediatamente se alejó y fué á esconderse á uno de los sillones.

Poco después se estremeció el aire encajonado del salón con unos ruidos extraños que venían del sitio en que se había ocultado el gnomo: un frou frou constante y desesperado, sollozos ahogados, gritos de dolor que se revolvían en un gruñido sordo. Se hubiera creído que el gnomo, herido de muerte, se revolcaba sobre la seda en una agonía lenta y dolorosa.

Dante hundió su mirada de águila en la obscuridad y Petrarca levantó la cabeza; pero no se veía nada. El sillón estaba á sus espaldas, y en la imposibilidad de ver, volvieron á su actitud meditabunda.

En la habitación contigua una muchacha, rubia como los trigos, estaba en un lecho adornado con angelitos, temblando de miedo. Se despertó á los gritos del piano mortificado con las pisadas del gnomo.

—¡Oh, Dios mío! pensó; ¡ladrones!

Y se quedó fría, inmóvil, conteniendo la respiración, sin atreverse á hacer el menor movimiento para no atraer la atención de los ladrones. ¡Si se movía, la matarían para que no avisase!

De pronto llegó á sus oídos un prolongado gemido, extrahumano, como los que la imaginación popular supone que salen de los *labios* de las almas en pena. La muchacha se estremeció, presa de indecible espanto; quiso gritar:

—¡Abuela, abuela .. luz... están penando en el salón!

Pero se le ahogó la voz, movió los labios; mas la lengua ni la garganta quisieron obedecerla. Con los cabellos erizados y los ojos desmesuradamente abiertos, esperaba á cada segundo sentir la impresión de frialdad de una calavera que se acostara sobre su misma almohada; veía en el aire canillas que se cruzaban, largas túnicas por cuyas mangas voladas salían brazos y manos óseas. Aterrorizada se tapó la cabeza

y se estuvo así, escuchando gemidos y rodeada de horribles visiones, hasta que por el tejido de la sobrecama vió colarse un estirado rayito de luz matinal como un alambre de oro.

Eran las seis de la mañana. Se destapó medrosa aún, pero poco á poco se tranquilizó: de día las ánimas en pena vuelven al cementerio. A las siete su abuela, una viejecita de andar ligero á pesar de sus setenta años, estaba ya levantada y caminando por toda la casa.

—Buenos días, hija, ¡á levantarse!

—Buenos días, abuelita, contestó la linda rubia, besando la mano de la anciana.

Tenía la muchacha quince años y unos labios frescos y rosados, bajo los que había una nidada simétrica de perlas. Sus senos virginales, duros y redondos, comenzaban á darla aspecto de mujer y levemente levantaban la alba camisa de dormir, menos blanca que su piel suavísima. El miedo y el insomnio de la pasada noche habían dejado una línea azulada bajo sus rasgados ojos de cielo. La abuela notó las ojeras de la doncella y se lo dijo; ella iba á referirla lo de las penas, pero se contuvo: sabía que su abuela se reiría de sus miedos y no la creería...

Levantóse, y después de bañarse, entró en el salón á repasar una lección de piano...

El salón estaba claro, muy claro. Grandes haces de luz se precipitaban por las ventanas teatinas en el afán de penetrar todos á la vez. Luego se desbandaban sobre los muebles haciendo brillar la seda. Los espejos se hacían todos ojos y, ansiosos de ver, reflejaban en las lunas venecianas los buques chinos, las mesas, las chucherías que llenaban los chineros, todo, todo cuanto podía caber en sus colosales pupilas. Dante, bañado en esa inundación de luz que daba tintes y brillores amarillentos á su gran túnica de bronce, continuaba en su actitud hierática, con el índice recostado en su labio inferior, y Petrarca se preparaba á tañer la lira. Sobre los cuadros de

las paredes, sobre las alfombras y los muebles celebraban la fiesta de la luz, la apoteosis del Sol, una infinidad de espectrillos solares despedidos de los irisados prismas de la araña, que revoloteaban inquietos como alegres pajecillos de Febo vestidos con túnicas policrómicas, en tanto que el piano con la risa congelada dejaba juguetear francamente sobre sus dientes de marfil la luz que se precipitaba de las ventanas...

Entró la rubia con la cabecita despeinada y húmeda, de la que caía sobre sus espaldas una muda catarata de oro. Había olvidado ya sus terrores y sólo pensaba en repasar su lección: una linda melodía de Godefroy, que debía saber á las once, cuando viniera el profesor. Se sentó en el banquillo de altura variable, recorrió el teclado y comenzó á brotar del marfil un raudal de armonías encantadoras. ¡Oh! el hotentote estaba contentísimo, y al sentir la caricia de esos blancos dedos diminutos y ágiles rompía en la más melodiosa de sus risas.

—¡Miau! ¡miau! oyó la rubia á sus espaldas, y giró rápidamente; luego dió un grito de repugnancia y sorpresa y corrió gritando:

—¡Abuela, abuela, venga usted á ver!...

Sobre el sillón estaba echada una gata dirigiendo á todas partes la mirada de sus redondos ojazos amarillos. Tres gatitos con los ojos cerrados, grises, cabezones, estaban prendidos por el hociquillo rosáceo de las hinchadas ubres de la Mirriña.

Regresó la rubia con su abuela y una sirvienta. La señora refunfuñó, riñó á la Mirriña por sucia y sin vergüenza, como si la gata pudiera comprenderla; la amenazó con arrojarle los hijos á la alcantarilla, y á punto seguido la buena viejecita ordenó á la sirvienta que la llevara á otro cuarto, con sillón y todo, para que no se maltrataran los hijuelos. El lujoso asiento de valiosa seda y talladuras trabajosas sirvió en adelante de lecho mullido á la Mirriña.

Siguió la doncella tocando su melodía de Godefroy, después del incidente. De pronto, la idea de la gata se asoció al

recuerdo de las penas y terrores que no la dejaron dormir: entonces se sonrió, y dos hileras de perlas se reflejaron en la charolada caja del piano...

CLEMENTE PALMA.

Lima.



EL TORERO

Tez morena, encendida por la navaja,
pecho alzado de eunuco, talle que aprieta
verde faja de seda, bajo chaqueta
fulgurante de oro, cual rica alhaja.

Como víbora negra que un muro baja
y á mitad del camino se enrosca quieta,
aparece en su nuca fina coleta
trenzada por los dedos de amante maja.

Mientras aguarda oculto tras un escaño,
y cubierta la espada con rojo paño
que, mugiendo, á la arena se lance el toro,

sueña en trocar la plaza febricitante
en purpúreo torrente de sangre humeante
donde quiebre el Ocaso sus flechas de oro.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

UN DILETANTE



—¿Aún nos sigue el tal cantante?
¡mujer, ponle mal semblante!...
¡diablo! ¡ni omite el *racconto!*
—Debe ser un diletante...
—¿Dile-tante? *¡dile tonto!*

PRETÉRITAS

Es así ¡oh dulce amada!
así que te contemplo,
en las horas de amor de nuestras citas,
esas citas de amor que aún son... un sueño.

Así: el semblante pálido,
bajo el negro dosel de tus cabellos,
con el calor ardiente de la grana
dejado en tus mejillas por mis besos!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

Montevideo.

EN LOS TOLDOS

EL CACIQUE Y LA FAVORITA

(FRAGMENTO DE UNA LEYENDA INÉDITA)

Reclina, kuná, tu frente (1)
sobre mí,
aquí corre fresco ambiente
y el grato aroma se siente
de las cuchillas aquí.
Reposa, bella cautiva,
delicada sensitiva
en brazos de Alborebí,
que te ama con ansia ardiente;
reclina, kuná, tu frente
sobre mí.

—

Flor de ceibo perfumada,
roja flor,
son tus labios, mi adorada,
como nido en la enramada
llenos de suave calor.
Y es el murmullo del río
en las noches del estío,
el acento seductor
de tu boca enamorada,
flor de ceibo perfumada,
roja flor.

—

Si tus ojos son ardiente
resplandor,
tu pupila es transparente
como el agua de la fuente
de clarísimo color.
¿Quién no goza en tu mirada,
quién, al verte, dulce amada,
no suspira por tu amor
y cautivo no se siente,
si tus ojos son ardiente
resplandor?

—

Las cristianas hechiceras
del aduar,
cual calandrias prisioneras,

(1) *Kuná* ó *kuñá* significa mujer, favorita, en guaraní.

van cantando lastimeras
su infortunio y su pesar.
El cacique no las mira,
por tu amor, kuná, delira
y á tí sólo quiere amar,
aunque vivan plañideras
las cristianas hechiceras
del aduar.

—

El altivo y afamado
paladín,
que aún de sangre salpicado
vuelve al toldo, coronado
de laureles y botín,
no encarece tu belleza;
y no dobla su cabeza,
blanca flor de mi jardín,
cuando pasa por tu lado,
el altivo y afamado
paladín?

—

Cuando vierta su armonía
el tuyú (1)
estaremos, garza mía,
en la verde selva umbría
bajo el fresco guaviyú,
y en la hamaca columpiados,
yo en tus brazos regalados
y sobre mi seno tú,
al ardiente mediodía,
cuando vierta su armonía
el tuyú.

—

¿Qué más quieres, mi cristiana,
para tí,
si tu frente se engalana
con la pluma soberana
del cacique Alborebí?
Tienes perlas y collares,
ricas telas á millares,
que en la lucha conseguí
entre sangre castellana;
¿qué más quieres, mi cristiana,
para tí?...

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

Montevideo.

(1) *Tuyú*, ave de dulce canto, parecida al canario.



Sr. D. Manuel Gutiérrez Nájera

EMINENTE POETA MEJICANO

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Suspenso el ánimo, opreso el corazón, prestos á brotar del pecho la acción de gracias ó el airado apóstrofe, hemos seguido las peripecias de la ominosa lid que ha terminado por una victoria más para la muerte. ¡Y qué victoria! ¡Dejar sin alegría y sin ventura un hogar riente y feliz; sumir la patria en duelo, á la poesía en honda pena, al arte excelso vertiendo amargo lloro, á todo lo noble, grande y bello tocado de dolor!

Muerto está el poeta que más voluptuosamente cantó la vida; inerte el artista que jamás quitó sus ojos de los hechizos de la naturaleza; silente el pensador que más risueño buscó entre brumas la verdad ignota; frío el corazón que más calor tuvo para amar cuanto es amable en lo animado de la tierra y en lo ideal de los cielos.

Joven, entusiasta, soñador, era como un hijo de la Esperanza. Vivía haciendo luz como un sol, ó esparciendo colores como el iris. Su bella alma no conoció jamás la tiniebla de la noche. Viajaba ella siempre por lo azul estrellado é infinito, y de allá traía á la tierra aquellas estrofas divinas, aquellos cantos inimitables, aquel polvillo de astros con que esmaltaba las joyas de su pensamiento y la primorosa orfebrería de su imaginación. Él oyó y puso en dulces estancias y en vibrante estilo la música misteriosa de los orbes, las notas delicadas en que se dice su amor el Universo; la sinfonía eterna y sublime de cuanto brota, crece, siente y se desposa en los senos maternales de la adorable naturaleza.

En esta desgracia no hay quién recoja los tristes tributos del pésame. Todos somos doloridos, todos deudos amantísimos del hombre grande é ilustre. No hay privilegiados de mayor dolor en este duelo de las letras, de los afectos, del patriotismo, de la civilización y del orgullo de Méjico y de América.

¡Ah! sí que los hay. Aquellos seres para quienes no es el poeta glorioso ni el escritor egregio quien ha desaparecido, sino el compañero y padre, el centro de amor á cuyo derredor revoloteaban sus almas.

Las letras mejicanas preparan fúnebres homenajes á la memoria de Gutiérrez Nájera, en los que oficiarán las Artes doloridas.

Si en esos actos de familia cabe un extraño, un triste enamorado del gran poeta, hágasenos sitio en la última fila de los inconsolables, que allá va nuestro espíritu disuelto en nuestras lágrimas.

N. Bolet Peraza.

Nueva York, 1.° de Marzo de 1895.

LA SERENATA DE SCHÚBERT

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
esparciendo sus blandas armonías,
y parece que lleva en cada nota
muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma... si pudiera!
¡Así, dentro del seno,
se quejan, nunca oídos mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
digo á la vida: «¡Déjame ser bueno!»
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
junto del lago azul, en noche quieta,
subir por el espacio y desgranarse
al tocar el cristal de la ventana
que entreabre la novia del poeta...
¿No la oís como dice: «Hasta mañana»?

«¡Hasta mañana, amor!» el bosque espeso
cruza, cantando, el venturoso amante,
y el eco vago de su voz distante
decir parece: «¡Hasta mañana, beso!»

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,

y á la nota que dice: «¡hasta mañana!»
el corazón responde: «quién lo sabe?»

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
en el sereno ambiente ¡cuánta luna!
mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
de la atmósfera tibia y transparente
como la Ofelia náufraga y doliente,
va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,
y tiene esa amorosa despedida
la transparencia nítida del llanto
y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
¡Sueños amantes que piedad imploran
y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
para todos los buenos es la suerte...
que la dicha es de ayer... y que «mañana»
es el dolor, la obscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece
al oir esas notas sollozadas...
¡Sentimos, recordamos, y parece
que surgen muchas cosas olvidadas!

. . . .

¡Un peinador muy blanco y un piano,
noche de luna y de silencio afuera...
un volumen de versos en mi mano
y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...
la anciana, que en silencio nos veía,
Schúbert en tu piano sollozando,
y en mi libro Musset con su «Lucía.»

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
¡Hay muchas aves muertas en el nido,
y vierte muchas lágrimas la aurora!

Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!



¡todo está silencioso, todo triste...
y todo alegre, como entonces, veo!

Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!
ése, el sillón en que bordar solía...
la reja verde... y la apacible estrella
que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
que allí domina la calleja obscura,
por la primera vez y palpitante
estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
¡la casa blanca y el follaje espeso,
el lago azul... el huerto... la arboleda,
donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
y me parece oirte entre las flores,
cuando la arena del jardín rozaba
el percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el pïano...
cerraste, virgencita, la ventana...
y oprimiendo tu mano con mi mano,
me dijiste también: «¡Hasta mañana!»

¡Hasta mañana!... Y el amor risueño,
no pudo en tu camino detenerte!...
y lo que tú pensaste que era sueño,
fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata,
ni unirán en mi älma su armonía,
Schúbert, con su doliente «serenata»
y el pálido Musset con su «Lucía!»

Manuel Gutiérrez Nájera.

Méjico.

DE BALCÓN Á BALCÓN

—¿Qué tiene usted en la cara?
—Una erupción... cosa leve.
—¿Y á salir usted se atreve
con esa figura rara?
—¡Y lo pregunta usted, Sara!
¿cómo perder la ocasión
de ver á usté en el balcón,
si estoy, cual otro don Juan,
por usted hecho un volcán?
—Verdad: en plena *erupción*.

Casimiro Prieto.

LAS ANTIPARRAS DE UN ESCRIBANO

TRADICIÓN

A ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA

I

Tiempos de la ruda en maceta eran aquellos en que se cultivaba la honradez á campo raso y, con todo, hubo un escribano cuyas antiparras dejaron *archivada* la fe pública.

Y vaya la tradición con haches y erres para corrección de propios y extraños.

Era el año 1721. Campeaba en la ciudad del Cuzco un notario mayor, de nombre Juan de la Cruz y de apellido Sahuaraura, no sé si pariente del prójimo, su colombroño, que después de 1884 servía el despacho de fe pública en la ciudad de Sicuani.

Juan de la Cruz, recién advenido al oficio, escribano flamantito, dióla de escrupuloso, puntual, pundonoroso y demás comas que hacen respetables á los hombres, pero que así hablan de lo que se llama el *cedacito nuevo,* como no dejan, en el día, tela para vestir un San Benito, ni, mucho menos, abren gotera de metal acuñado.

Cierto día le entró el comején de la codicia, y la uña de Judas rascó el corazón del hombre por mano de un rematista de sisa de Chilques; y así, antaño pasó en pellejo de escribano lo que hogaño se repite en estómago de mandatario.

Parece increible la influencia que en nuestros días ha venido á ejercer la mesa. La elocuencia del padre Torres ha sido trocada con la de los banquetes para asegurarse la estimación de los que, en grande ó en pequeño, manejan el bastón de la autoridad, que, sea dicho de paso y en puridad de experiencia, ya no es tampoco la vara del Patriarca para dar azucenas sino la penca que produce abrojos.

Y bien. Era preciso que el escribano de este cuento firmase y sellase un protocolo sin ver las letras para no enterarse del contenido, y como el escribano tenía ojos, el interesado creyó prudente asegurarse de que ellos no viesen. El tal rematista mandó fabricar un par de antiparras de oro bruñido con dos solitarios de brillantes que lucían como grandes pupilas en ojos parleros y picarones. Con esta valiosa prenda se encaminó á la notaría de Sahuaraura.

Que el rematista supo acomodarse para traer á tela de codicia las antiparras, está muy claro, porque el escribano al calárselas declaró, con sorna sobreentendida, que aumentaban la visual de tal manera que era capaz de ver las orillas del río Apurimac donde vuelan moscas de cuatro patas. En tal momento el rematista presentó el protocolo, diciéndole:

—Es de estas antiparras que vuesa señoría necesita para los arduos trabajos de la escribanía.

Nuestro hombre quedó convencido y estampó una cruz y una rúbrica más larga que la de don Agustín Álvarez Sánchez Pérez de Caria González Ferreti Andino Moreno Mérida y Wite, autor de un tratadito de veterinaria que tal vez hayan tenido ocasión de hojear los lectores del ALMANAQUE de Prieto.

II

¡Quién lo creyera!

El brazo del enemigo debió trabajar, pues desde aquella fecha es fama que no pocos escribanos miran á través de grueso *cristal* metálico que aumenta las proporciones de la fe, que reparten con más abundancia que bendiciones de obispo.

Lo peor del caso es, todavía, que las antiparras del escribano han dejado descendencia numerosa, cayendo sobre los ojos de los que más claro debían ver en materia de administración y de justicia pública, conservándose la moda por más que los croniqueros protesten y griten.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.



LA GITANA

(DE APELES MESTRES)

Segando van el trigo
los segadores,
uniendo sus cantares
á sus labores,
cierta mañana
mientras cruzando el campo
va una gitana.

Como entre ellas es uso
corriente y fijo,
lleva ésta, dentro el saco,
cargado á su hijo,
que el cuello estira
risueño y sus miradas
en torno gira.

Y así á su madre dice,
con voz de grillo,
señalando los campos
y el amarillo
trigo segado
que aquí y allí se encuentra
ya agavillado:

—Todos sus campos siegan
menos nosotros,
¿por qué no hacemos, madre,
como los otros;
por qué no vamos
y cual los segadores
no agavillamos?—

Y su madre responde:
—Mira, hijo mío,
todo cuanto contemplas
del monte al río
nos pertenece,
tu dote es todo cuanto
de aquí aparece;

Deja que ahora cosechen
los hacendados,
y que á dormir se vayan
muy descuidados;
luego vendremos,
si te place esta noche,
y espigaremos...

J. T. Mera.



LA NEGRA MICA

(FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO)

VI

Cuando Carlos y Juanita fueron á dar á los demás niños la noticia de la licencia para salir de paseo por las calles del pueblecillo, una gritería infernal de alborozo se levantó de la turba, la cual se alejó de carrera dando vivas á todo el mundo, como que ellos podían derrocharlos sin miedo. La luna había convertido en día la noche, y los menores detalles del suelo eran patentes, y así aquellos diablos sueltos pudieron correr, brincar y tumbarse de cabeza sin riesgo sobre la blanda y limpia alfombra de arena de los vastos callejones.

—¡A hacerle una visita á mama Mica! fué la voz de orden.

Y encadenados de las manos y cantando en coro, en mezcolanzas imposibles, las alabanzas del Niño Jesús con los primeros versos del Himno Nacional, se alejaron derramando sobre la silenciosa aldea torrentes de alegría y de gracia. A la bulla se ponían en movimiento las gentes labradoras, disponiéndose á recibir con agasajos á los amitos, sabiendo muy bien que nunca despreciaban regalos si habían de ser para el paladar. A cada rancho donde llegaban de paso, canturreaban saludos y bromas á los viejos y se resistían con todo heroísmo á las invitaciones de pasar adelante y de servirse de sus golosinas, porque tenían resuelto llevar el ataque devastador á la casa de mama Mica, la negra contemporánea de la abuela, pero de pura sangre indígena y sin una cana en el bosque de pelo de su cabeza motosa. Seguro era que la mulata estaría ya durmiendo á pierna tendida sobre su catre de cañizo, en medio del patio y á la plena luz de la luna, que brillaría reflejada en el azabache de su cara de

escoria, y los pilluelos forjaban las travesuras con que la obligarían á levantarse y hacer los honores de la casa. Pero la pícara negra era de esas que hacen una apuesta peliaguda al diablo y se la ganan, y aquella noche estaba en su palacio de *quincha,* de gran *perungundin* y boda con mozos y muchachas de las cercanías, todos gente de la servidumbre agrícola, arrendatarios de las fincas ó peones de confianza. El gustazo que se dió al ver la cadena de los chicos empezando á entrar por su tranquera, ó sea, un vestíbulo embovedado de parras, no es para descrito. Saltó de la silla de baqueta, desde donde presidía la fiesta, y se fué dando gritos de alegría á recibir á los numerosos visitantes, quienes, al ver tanta gente reunida y oir preludios de guitarras, hicieron un receloso ¡alto! para dar la vuelta; pero la Mica no se lo permitió, porque con mimos, caricias y dicharachos de buen humor les hizo entrar y sentarse en la rueda, para que viesen el baile.

Cada uno se apropiaba el huésped de su predilección, reclamándolo como á cosa propia. Aquellas gentes, contentas porque el trabajo y los frutos les rendían buena ganancia, se pusieron tan alegres con la inesperada visita, que ya no pudieron resistir más y pidieron á la vieja que soltase la casa por la ventana, aunque allí no había ni una ni otra cosa; el caso era pagar lo mejor posible el cariño de los amos. Las mujeres se desparramaron por la hortaliza y el jardín á recoger meloncitos de olor y ramos de albahaca, los dos obsequios predilectos del amor aldeano; y cuando el alboroto de la sorpresa y los primeros alhagos se concluyeron, comenzaron de nuevo las guitarras á bordonear preludiando aires que en la clarísima noche se difundían sonriendo sobre la ráfaga olorosa de los sembradíos y viñedos.

A Carlos se le hizo un gran recibimiento; los hombres se lo disputaban, las mozas le dirigían requiebros, y sin reparo alguno —¡qué habían de tenerlo con él!—le abrazaban á más y mejor. La Mica, sacada de su poltrona de cuero por el deber de dueña de casa, andaba por ahí, farol en mano, bajo el parrón reservado, eligiendo los mejores racimos, y luego en la despensa los macitos y cuanta cosa podía ofrecer

á los muchachos de agradable é inofensivo; los años se le fueron de encima como por obra de encantamiento, y era la que más removía el cotarro con risas, bromas y aplausos á los bailarines. Hizo sentar á su lado al «niño Carlito» y á la novia, y con toda picardía le obsequió á la vista de Juanita con un par de uvas gemelas, *amichas*, como por allí se las llama, simbolizando la unión que toda la gente de la hacienda tenía como cosa mandada por la Virgen.

—¡Bailen! ¡bailen! ¡á la salud de los amitos! gritaba la negra con su voz chillona. Y ella misma indicó la pareja que mejor supiese desempeñarse en una chacarera, y sin poder aguantarse callada, se puso á acompañar á los que cantaban la copla:

Chacarera de mi vida,
chacarera de mi amor, etc.

metía bulla con las manos, palmoteando al compás de la música y con exclamaciones de aprobación á cada vuelta graciosa que daba alguno de los danzantes. Estaba la negra Mica hecha el mismo demonio de puro gusto; habríase dicho que los niños le hubiesen traído savia juvenil realizando el milagro de Fausto sin brujería, aparte de que, nacida en aquella tierra, parecía como si los años la pasasen de uno por diez, engañando á ese implacable contador que se llama el tiempo.

A ratos se bailaba y á ratos convertíase la reunión en torneo lírico, porque los hombres, las chinitas y la vieja se empeñaban en dedicar á cada uno de los niños una canción perfumada de flores silvestres é impregnada de sencillo y rústico amor; las palabras, toscas y desaliñadas expresaban siempre algún dulce afecto, y á fuerza de ser naturales é ingenuas tenían un encanto irresistible. Por aquel entonces gozaba de asombrosa popularidad en aquel pedazo de tierra bendito de Dios, la Dolores, nieta de la Mica, como cantora en la guitarra de cosas muy elevadas con que muchas veces solía deleitar á los señores en sus tertulias nocturnas; ella sabía unas historias tristes, de palabras *escrebidas*, conservadas en su excelente memoria, y cuya procedencia nadie podría averiguar, pero sí que no eran del lugarejo. Fué uná-

nime la votación para que la guitarra pasase á manos de la cantante renombrada, que se estuvo calladita escondiéndose de los otros, porque además de ser linda y muy decente en sus maneras, se pasaba de humildad y de modestia. Buen rato se pasó afinando y poniendo en el tono requerido el clásico instrumento de la música nacional, y durante esta indispensable operación, que suele apurar la paciencia de los oyentes, todos guardaban el más religioso silencio, pues sabían que de allí no habían de salir sino perlas y diamantes. Carlos fijó una atención profunda en la melodía y en la letra, y la refinada cantatriz, al propio tiempo que pulsaba la bordona con maestría y sentimiento incomparables, daba á la voz la misma entonación baja y gemebunda que más bien hacía pensar en dos almas que se abrazasen para volar del mundo é hiciesen el mismo ruido sus alas al hender el espacio. Fué una historia de amor desgraciado: una bella pastora que al caer de una tarde vió partir, para nunca más volver, al amado de su corazón, y ella se quedó llorando, llorando... y así parecían decirlo también las cuerdas, que sollozaban juntas, á duo, una despedida desgarradora. Los dos noviecitos tuvieron una misma impresión: se les anudaron las gargantas y dos lágrimas rodaron de sus ojos, que resplandecieron con luz apenas perceptible al claro de la luna llena.

Sólo la negra Mica, para quien no había salida imposible, tuvo sangre fría para desvanecer aquella atmósfera de tristeza que el canto difundió sobre la reunión; comprendió que aquello, siendo muy hermoso, como que á ella misma le había ablandado las callosidades del corazón, no estaba bien en ese momento, y pidió á la romántica Dolores que cantase una letra más alegre.

—¡Pero, mama, respondió la *diva* montañesa, usted sabe muy bien que yo no sé cantar cosas alegres!

—¡Bueno, que toquen un *gato*, entonces, para que siga el baile! ordenó la vieja.

Y la *vihuela* hizo otro viaje á manos del cantor oficial de la fiesta, menos pulcro en punto á poesía, pero impagable

para lo que era hacer sacudir el polvo de las chancletas y repicar en el suelo los zapateados más caprichosos. Los espectadores, al despuntar los primeros rasgueos de la picaresca danza, desatábanse en exclamaciones gauchescas de su renacido entusiasmo, y haciendo todos con los dedos las castañuelas al compás de la música, animaban á la pareja y le comunicaban esa gracia y brío esenciales á este curioso baile, de cuya animación participan por igual los mirones y los danzantes.

La dueña de casa repartía sus atenciones, sin descuidarse un instante, entre los de la tertulia y sus queridas visitas, á quienes no sabía cómo expresar su agradecimiento por haberse acordado de la negra Mica. Por eso, cuando hubieron de emprender la caminata de vuelta, les entregó á cada uno, por separado, un regalo distinto, de flores, frutas, dulces y demás primores que su fundo le producía. Y luego vinieron los mensajes para los amos grandes, mensajes de cariño sincero, que conducirían ó dejarían por el camino aquellas cabezas alborotadas de los muchachos.

—¡No me hagan cuento de negro! les repetía; á misia Leonor muchos recuerdos, y á la señora vieja, de parte de la negra Mica; que les estoy guardando muchas cosas para cuando vengan á visitarme; que ya mis huesos no me dejan llegar hasta allá.

Era nutrido el diluvio de palabras y dichos cariñosos que al despedirlos les cayó encima de parte de toda la gente, y señalábanse más con Carlos y Juanita, deseando al uno las más grandes conquistas en los nuevos mundos que iba á conocer, y á la otra las mismísimas gracias de la Virgen María para que siguiese siendo la criatura mimada de los pobres, la palomita sagrada del pueblo, y del fondo de aquellas almas candorosas salía el voto más ferviente porque Dios la conservase para poder verla esposa del niño Carlos, cuando volviese de *dotor* y un hombre hecho y derecho.

—Yo no me he de morir sin verlos hincaditos delante del cura, recibiendo la bendición. ¡Ay! ¡qué bonita va á estar ese día la Señora! ¡Le hemos de regar con flores la

puerta de la iglesia! ¡Ay! ¡mi ama, que el Señor me la conserve! decía la negra, quitando la palabra á los demás que, por su parte, se la arrebataban cuando podían para derramar también sobre los chiquillos todo el tesoro de sus almas ingenuas y amorosas.

Al emprender la vuelta, el cotarro de chiquillaje tenía mucho más paño sobre que bordar profusión de comentarios; todo eran alabanzas para la bondad de la Mica, y discusiones sobre el mayor cariño que cada uno se atribuía de su parte, juzgándolo por la belleza ó consistencia del obsequio caído en suerte. Prendidos de la mano marchaban delante, siempre juntos, Carlos y Juanita, sin hacer gran caso de los asuntos que en el grupo se discutían y contestando en frase breve y evasiva las preguntas á ellos dirigidas en el curso del paseo. Tenían mucho que decirse, y el romántico galán iba esa noche sumido en una vaga tristeza y empeñado en hablar solamente de cosas serias, que á su prima la llevaban preocupada, ó bien de los detalles poéticos del paisaje terrestre ó sideral, vistos con la imaginación y con los ojos, y bañados de la misma melancolía, que en Carlos despertaban los grandes cuadros de la naturaleza. La luna, inmóvil sobre su inmenso campo azul, sobre el cual no asomaba el más sutil encaje de una nube, alumbraba la calle de blanca arena, asemejándola á un río manso y dormido, proyectando sobre ella las agudas sombras de los álamos y dejando ver al occidente, á lo lejos, la deslumbradora cima de la montaña de nieve y en torno las indescriptibles curvas que los árboles y colinas destacaban sobre el cielo. Después venían á aumentar el encantamiento de aquellas dos almas dispuestas á los ensueños y á las fantasías, los múltiples cantares de las aves nocturnas, que, como las gentes, no podían resignarse á perder la contemplación de tanta maravilla. Ellas expresaban en sus melodías agrestes esa inquietud extraña que las sobrecoge cuando la Naturaleza está de magna apoteosis, y los niños enamorados, imitándolas inconscientes, se arrullaban también en diálogos dulcísimos, en los cuales fulguraba la luz serena del astro reinante; difundíase ese fuego misterioso que im-

pulsa al brote de las plantas, junta dos pájaros en un nido y levanta ese rumor difuso de las selvas, cual si fuese la música de todas las cosas creadas.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

EN UN ÁLBUM

Densa la nube y sombría
su vaporoso oleaje
rueda en la extensión vacía;
pierde su esplendor el día
y su belleza el paisaje.

Avanza y extiende el velo
que más y más se ennegrece;
cubre de sombras el suelo,
y al fin llena y obscurece
todo el ámbito del cielo.

Mas cuando á enlutar la esfera
se extiende tempestüosa
y al fin sin límite impera
como si el reinado fuera
de la noche pavorosa,

La ilumina de repente
un rayo del sol poniente
que, al rasgar el pardo tul,
deja ver el esplendente
cristal del espacio azul.

Fingen sus orlas brillantes
velos de espuma albicantes
que ruedan por el confín
entre irisados cambiantes
y franjas de oro y carmín...

Mi vida es la nube obscura
que, bajo el amplio dosel
del cielo, rueda insegura,
empañando la hermosura
de monte, río y verjel.

Mas si al fulgor se esclarece
de tus ojos, la sombría
nube, una aurora parece...
¡dijérase que amanece
de nuevo en el alma mía!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1895.

EL MONJE

FRAGMENTO PRIMERO

I

Noche.—No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa,
más que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.
Mustia la frente, la cabeza baja,
negro fantasma que la fiebre crea;
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.
De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío:
el trágico fulgor del alma rota
que gime y se retuerce en el vacío.
No lo acompaña en su mortal desmayo
más que la luna que las sombras ama;
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es joven. Es su edad la del *allegro;*
la del himno, el sueño y el efluvio;
en que es terso azabache el bucle negro;
en que es oro bruñido el bucle rubio.
Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar siendo muy niño,
y fué á poner al pie de los altares
un corazón más puro que el armiño.
Algún recuerdo de la infancia, acaso,
rompe tenaz su místico sosiego;
y desata en su espíritu á su paso
huracánicas ráfagas de fuego.
Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo;
y van con ronco estrépito de guerra
á desgarrar su corazón tranquilo...

III

Un día vió en el templo, de rodillas,
desde un triclinio de solemne coro,

una virgen de pálidas mejillas,
de pupilas de cielo y trenzas de oro.
Y su gallarda imagen tentadora
le persiguió con incesante empeño;



turbó su dulce paz hora tras hora;
en el recreo, y la oración y el sueño.
¡Cuántas veces, orando en el santuario,
no veía flotar en su ansia viva,
envuelta en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fugitiva!
¡Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostalgia loca,

no despertaba, trémulo de frío,
buscando el beso ardiente de su boca! ..

IV

De súbito interrumpe su paseo,
y lívido y extático se queda.
Y mira con extraño devaneo
la blanca luna que á lo lejos rueda.
Y en la cúpula azul de pompa fídica,
del templo secular de estilo mágico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de Satán, el cuervo trágico.
Y los cipreses lóbregos se quejan,
y al vaivén de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan y se alejan
como espectros fantásticos que danzan.
Y tras los horizontes de Occidente
la luna melancólica se escombra,
y allá en su corazón el monje siente
crecer la soledad, crecer la sombra!...

FRAGMENTO SEGUNDO

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que á la cumbre vuela,
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se rebela?
¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
á sostener con él recia batalla?
¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta,
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.
Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
oye sólo zumbar el ala incierta

con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.
Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.
Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo:
huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón á un monje anciano.
Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
sólo en la Cruz su salvadora tabla.
—¡Ay! le dice, del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!
El alma que á sí misma se abandona,
y que entre el alma y el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satán: para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
á compás de una lúgubre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.
En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.
Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego,
y á través de las sombras del delirio
él ve flotar una visión de fuego.
Es la visión de la mujer que adora;
que con su carne pone su alma en guerra;
que le acosa tenaz hora tras hora;
que le hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules.
Y se envían los astros desde lejos,
á través de los ámbitos azules,
dulces besos de amor en sus reflejos.
Y hunde el monje en el éter infinito
los tristes ojos con afán profundo.
Acaso escruta lo que Dios ha escrito
allá en el corazón de cada mundo.
Y bajo el nimbo de su luz risueña,
la blanca luna en cada rayo exclama:
«¡Soy una virgen pálida que sueña,
soy una virgen que se arroba y ama!»
Y ensaya el aura tibia sin sosiego,
en las trémulas copas de los álamos,
ritmos lejanos de ósculos de fuego
de bocas que se encienden en los tálamos.

II

Hace instantes no más.—¡Con qué inocencia,
la blonda virgen pálida que adora,
le abrió ante el tribunal de la conciencia
por la primera vez su alma de aurora!
Hondas huellas de horror en él dejaron
los recios golpes de la lid sin nombre
que en su lóbrego espíritu trabaron
el ministro del cielo con el hombre.
Cada revelación que ella le hacía
era un tremendo vendabal deshecho
que sin piedad crispaba y retorcía
las recónditas fibras de su pecho

III

—Padre, le dijo, perdonad mi queja;
siempre que caigo ante el altar de hinojos,
mi pensamiento del altar se aleja
y se llenan de lágrimas mis ojos.
Al mismo altar, con una audaz porfía
que hace que los sentidos se me arroben,
sigue mis pasos, tras la sombra mía,
la sombra melancólica de un joven.
Busco la soledad. Y en ella vago,
y de amor cada cosa me habla en ella:

me habla de amor la música del lago;
me habla de amor el ritmo de la estrella.
Dadme, pues, padre mío, algún consuelo.
Es ya inútil luchar. Estoy vencida.
¿No es verdad que el amor brota del cielo?
¿No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

IV

Y él exclamó:—No es éste un gran problema:
Dios manda que ame cuanto ser existe;
y su mandato es una ley suprema
á cuyo imperio ningún ser resiste.
Pero el amor su fin tan sólo alcanza
cuando con la conciencia se concilia;
cuando es su aspiración y es su esperanza
fundar el santo hogar de una familia.
Mas el amor que ofende á la conciencia,
dando pábulo á instintos que la oprimen,
deja de ser sagrado, y es demencia;
deja de ser sagrado, y es un crimen!

V

Y el monje suspendió súbitamente
su evangélica plática sencilla,
y una lágrima trémula y ardiente
resbaló sin rumor por su mejilla.
La virgen núbil, por su rostro mudo,
desde el humilde sitio de su alfombra,
ver rodar esa lágrima no pudo,
porque esa lágrima rodó en la sombra.

FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival.—El cielo se dilata
por el gigante piélago sonoro
como una inmensa túnica de plata
cuajada de soberbias flores de oro.
Habla todo de Dios: la limpia onda
que su albo nimbo por la playa tiende:
la casta estrella que en la bruma blonda
del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
murmurando en silencio: — Dios lo exige,

hacia una agreste aldea, por la playa,
bajo el sol que ya muere, se dirige.



Él allá en sus salvajes horizontes
olvidará tal vez sus agrias penas;
respirará la brisa de los montes;
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
que cumple su misión con santo anhelo;
que en cada feligrés ve un tierno hermano
que Dios le ordena conducir al cielo.
Mas ya no puede soportar la carga
de su labor de apóstol y profeta.
El peso de la edad ya le aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice el monje:—Serás tú el baluarte
de la grey que Dios puso á mi cuidado:
tú empuñarás el místico estandarte
que yo abandono, porque estoy cansado.
Y el monje le oye y le obedece y calla.

Y con fervor á la labor se entrega,
y mayor goce en la labor él halla,
mientras mayor abnegación despliega.

V

Allá, cuando á lo lejos ya declina
el blanco sol entre celajes rojos,
el monje hacia la playa se encamina,
trémulo el paso y húmedos los ojos.
Sus olas á sus pies el mar prosterna
con ritmo á un tiempo unísono y diverso,
y le habla sin cesar del alma eterna
que difunde la vida al universo.
Del alma que es efluvio en la laguna,
y en la undívoga brisa, ritmo eólico;
y en la serena, temblorosa luna,
lágrima azul del cielo melancólico.
Del alma que es visión que canta y vaga
allá en la nube trémula y bermeja;
y que en la mustia estrella que se apaga
es recuerdo que llora y que se aleja!...

FRAGMENTO QUINTO

I

En la capilla de la aldea tosca
denso gentío, de entusiasmo lleno,
se agita como el piélago que enrosca
á la luz del relámpago su seno.
Ante el altar del monje se dibuja,
lívido el rostro; la mirada triste;
extraño al gran tumulto que se empuja;
extraño á todo cuanto en torno existe.

II

Avanzan al altar con pie seguro,
y reflejando en la pupila el cielo,
un apuesto doncel de traje obscuro
y una niña gentil de blanco velo.
El monje les contempla un corto instante
con el hondo y supremo paroxismo
de quien se ve de súbito delante
de la inmensa pendiente de un abismo.
En la diáfana tez de nieve y rosa,
y los bucles aurinos y sedeños,
y el talle de palmera de la esposa,
él descubre á la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
en vano, en vano, en su interior batalla
con el volcán de su pasión que grita,
con el volcán de su pasión que estalla!

III

Se absorbe. Se transporta. Y á lo lejos,
desde el místico altar al lecho cálido,
ve marchar bajo un nimbo de reflejos
una novia gentil y un novio pálido.
Y oye entre raudos y variados giros
de misteriosas y argentinas brisas,
aleteos de besos y suspiros,
y músicas de arrullos y de risas.
Y ve jugar, bajo la luz eterna,
al umbral de un hogar, lleno de efluvios,
sobre el regazo de una madre tierna,
un enjambre auroral de ángeles rubios.

IV

Y tiende á otro horizonte la mirada,
y allá en el pálido confín divisa
una lóbrega celda abandonada
donde una triste lámpara agoniza.
Forman su techo, que jamás se alegra,
ásperas tablas de nudosos troncos,
siempre cubiertas por la noche negra,
siempre azotadas por los cierzos roncos.
Y á la luz de la lámpara que oscila,
ve arrodillarse un monje ante el vacío;
le ve enjugarse á solas la pupila,
y en su abandono tiritar de frío!

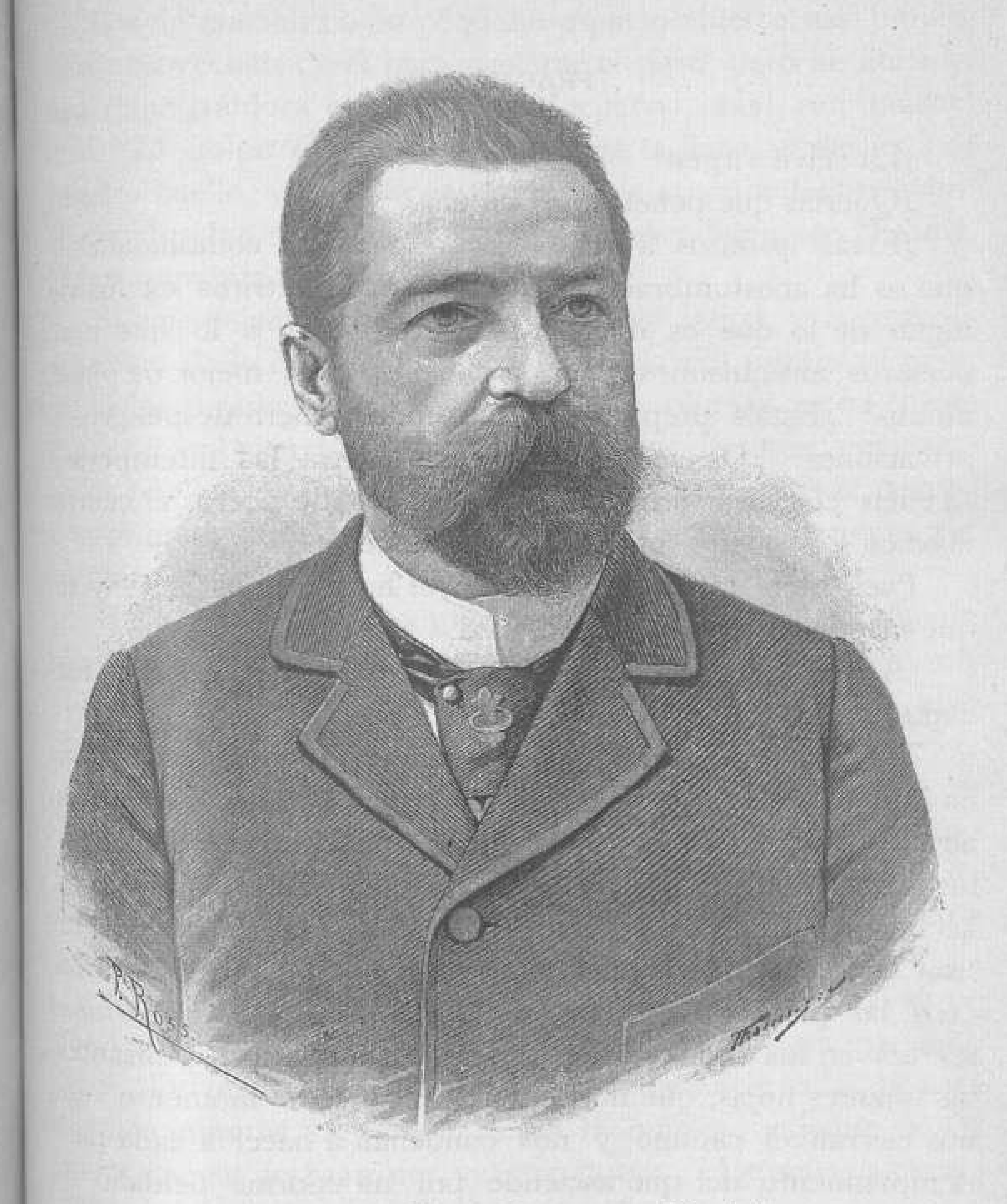
V

Y domina su bárbaro tormento,
y la hiel de sus lágrimas devora;
y á un hombre que no es él, con dulce acento,
desposa él mismo la mujer que adora.
Y al soplo del dolor con que está en guerra,
siente su sangre transformarse en hielo;
huir veloz bajo sus pies la tierra;
sobre su frente derrumbarse el cielo.
Y entonces ¡ay! á su pupila asoma
la noche allá en su espíritu escondida.
Y al pie del ara santa se desploma,
rígido el cuerpo, la razón perdida!

PEDRO A. GONZÁLEZ.

Santiago de Chile.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Guillermo Godio

REPUTADO LITERATO ITALIANO,
AUTOR DEL LIBRO DE LA ÓPERA «TARASS-BULBA,» DEL MAESTRO ARGENTINO
ARTURO BERUTTI

LA SELVA VIRGEN

(FRAGMENTO)

¡La selva virgen!

¿Queréis que penetremos en ella?

¿Estáis prontos á renunciar á todas las comodidades á que os ha acostumbrado la civilización, á nutriros exclusivamente de lo que os dé el bosque, á volver á lo que eran nuestros antiquísimos padres, salvajes, ó si mejor os place, monos? ¿Estáis preparados para todo género de peligros y privaciones? ¿Os sentís aguerridos contra las intemperies? ¿Tenéis el pulso firme y los músculos de acero, el cuerpo elástico y probada resistencia para la fatiga?

Pues bien, ¡ánimo! Toma tú el hacha, tú el fusil... y tú, que vas delante, toma la brújula...

¡Arriba todos! ¡armad vuestra diestra del tajante machete!...

Tenemos tres enemigos que combatir; tenemos tres selvas en la misma selva; la vegetación arbórea, secular, gigantesca, alrededor de la cual hay que girar ó abatirla con el hacha; — los árboles jóvenes, los arbustos, los cañaverales, las malezas, las lianas entrelazadas y colgantes, contra las cuales debemos usar el machete; tenemos, finalmente, los gigantescos herbáceos, las plantas lacustres de los bajos fondos, el *cresimal cerrado* en los lugares húmedos, las plantas grasas punzantes, las tajantes hojas, que nos envuelven á cada momento, que nos cierran el camino y nos condenan á hacer á cada paso el movimiento del que asciende por un enorme peldaño de interminable escalera.

Es una gimnasia continua de los brazos, de las piernas, de la cabeza, del dorso...

Aquí os veis obligados á dar un salto para pasar por sobre un colosal árbol caído por decrepitud, que os intercepta el camino; allá á deslizaros como una víbora; aquí el pie se

hunde, allá tropieza; ahora os halláis con un tronco extendido á lo largo, que tenéis que pasar á fuerza de equilibrio, llevando el fusil á modo de balancín, como los funámbulos.

Por fin encontráis un pequeño espacio abierto, casi limpio, y os aprovecháis de él para acelerar el paso, pero he ahí que una liana traidora os envuelve el cuello: ¡zás! ¡un machetazo! El golpe de machete hace que la liana se deslice por vuestro cuello, y os deja en él un collar sanguinolento: sobre él cae el polvo menudo de los árboles sacudidos por el arma, lo que aumenta vuestra delicia!...

Si vais delante, doble trabajo, doble fatiga, y la responsabilidad de la dirección: si seguís detrás del primer picador, las cañas y ramas cortadas, á modo de plumas, se os entran traidoramente en las carnes, como lanzas en ristre, enmascaradas por los follajes, y aunque retiréis hacia atrás el cuerpo á la primera embestida, sacáis siempre una mancha negra por equímosis.

He aquí otro tronco gigante de árbol caído malamente al sesgo, mitad colgante, mitad en tierra, que os interrumpe el paso. ¿Salvarlo?... No: se puede pasar por debajo agachados.

De súbito os sentís asidos por la espalda. Creéis que es un viejo acreedor y os volvéis con inquietud. El acreedor no os deja andar, y entonces le pagáis con un robusto golpe de machete, dado hacia atrás, con el cual poco falta para heriros á vosotros mismos.

Aquí un espeso cañaveral, por en medio del cual se ve que ya ha pasado un animal grande, os ofrece un pequeño túnel. Os internáis en él, con la espalda encorvada durante algunos minutos, hasta que sentís la música crujiente de las ramas que se deslizan por vuestro dorso... La música cesa... ¡Oh! podéis enderezaros y alzar los ojos...

Pero al levantar la cabeza, una varilla aguda os embiste y poco falta para que os salte un ojo...

¡Adelante, *pionneer*, siempre adelante!

Y he aquí que el bosque clarea, he aquí un andrajo de cielo descubierto... ¡Ah! desde ahora podremos andar más

libre y rápidamente!... No, señores, porque la escasez de grandes árboles, á causa de la más activa y directa acción del sol, ha dado mayor desarrollo á las pequeñas vegetaciones!

Y entretanto, el sudor ardiente os ciega los ojos, y corre sobre las heridas producidas por los mosquitos como gotas de fuego...

Un profundo y caudaloso torrente os corta bruscamente el camino.

¿Qué hacer?

Se derriba con el hacha un árbol vecino á la orilla, de modo que la punta caiga sobre la orilla opuesta, y el grueso del tronco quede del lado nuestro. ¡Ya está el puente improvisado!

¡Y se pasa por él triunfalmente!

¡Adelante! ¡adelante!

El bosque se ralea otra vez. Una anchísima corona de cielo se descubre...

¿Será el límite de la selva?

No; es una laguna. Hay que girar á su alrededor, hay que sondear donde el fondo no ofrezca peligro, puesto que el pantano también podría tragaros... Se gira, se gira, y se cortan cuerdas de arco para enganchar...

¿Zapato bajo?... ¡Hay el peligro de las víboras!...

¿Botas altas?... ¡Se llenan de agua y pesan como el plomo!...

El fusil, que al principio era simplemente incómodo, ahora parece haberse convertido en un cañón de 100 toneladas...

El machete se desploma sin cortar... creéis que ha perdido el filo... no, el filo está todavía en muy buen estado: es el brazo el que ya no tiene vigor... son las piernas las que ya no pueden moverse.

El sol declina... se ha ido ya el día... ¿Habremos andado mucho camino?...—Sí; una legua. ¡Sólo una legua!... ¡Y haber andado tanto!... ¡y haber trabajado tanto! Bueno, ahora descansaremos: aquí tenemos un lugar á propósito para hacer nuestro pequeño vivac. Hay un fresco arroyuelo que serpea con dulce rumor á nuestro lado...

Y, ¡ved qué cortesía! los habitantes del lugar, las abejas, los mosquitos y las hormigas, como buenos huéspedes, se apresuran á venir á darnos la bienvenida, á hacernos compañía y á refrescar los picotones que el sudor había lavado y cicatrizado!...

Os recostáis para descansar...

¿Qué hay?

El indio que os acompaña os grita, espantado, que os levantéis. ¡Ha descubierto una enorme serpiente que os mira con los ojos llameantes! — ¡Arriba! ¡de pie!

El cansancio ha pasado como por arte de encanto. Se afila un palo á modo de horquilla, se asesta bien el golpe, y se pincha en medio del cuerpo al peligroso reptil, que se retuerce y lanza espantosamente hacia adelante la cabeza, moviendo en todas direcciones su terrible lengua de saeta, que parece la lanceta de un cirujano... ¡y qué cirujano! ¡Un cirujano que da la muerte con el bálsamo que derrama sobre la herida!...

Ahora un buen golpe de machete... Pero ¡cuidado! ¡por caridad! no cortéis demasiado debajo de la cabeza... Ha habido caso, según el indio, «en que la víbora ha lanzado la cabeza tronchada contra el rostro del hombre...»

Será una fábula vulgar y tonta, pero... ¿quién sabe? bien pudiera ser verdad... El bosque misterioso os inclina á la superstición...

¡Así!... ¡eso es! ¡por el lomo!... ¡bravo!... ¡Respiremos! Ahora ya podemos descansar.

Pero, no, señores, porque donde hay una serpiente siempre suele haber otras!...

Entonces, otra vez mano al machete, y á buscar ¡lugar más seguro...

Mientras tanto, el hambre aprieta.

Y á propósito, ¿qué comemos esta noche?

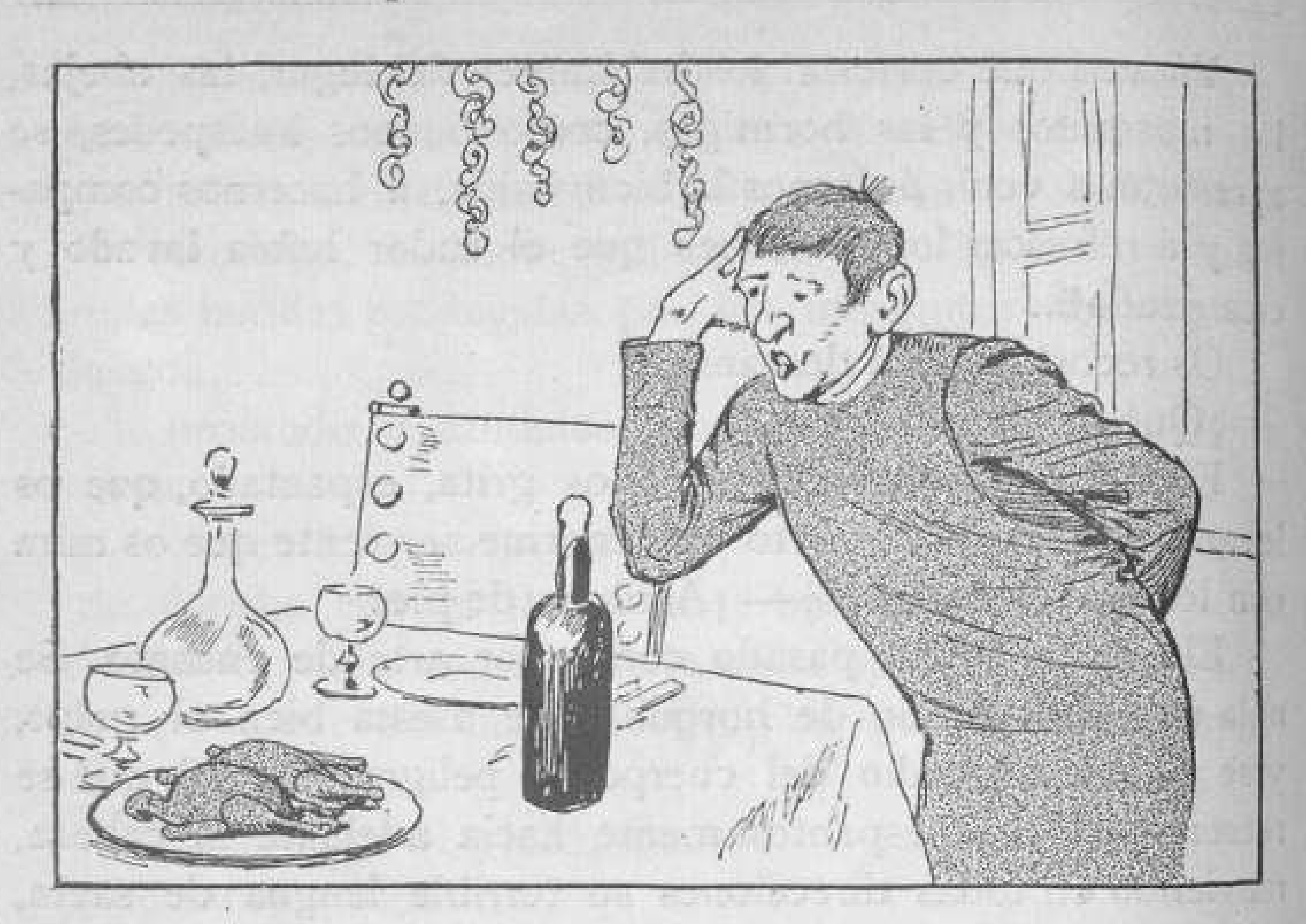
E qui comincian le dolenti note!

. . . .

GUILLERMO GODIO.

Buenos Aires.

Las perdices del señor cura



—¡Qué bien huelen estas perdices! ¿No sería mejor que en lugar de comérselas el señor cura y su convidado, me comiese yo las dos? ¡Meditemos!



—¡Qué horror! ¿conque dice usted que esa sarta?
—Son orejones, ¡digo, no! son las orejas de los convidados del señor cura. Conque, ¡ojo! ¡en cuanto vea usted que afila el cuchillo!...



—¿Qué mosca ha picado á ese hombre? ¿por qué huye? ¿qué pasa?...

—¿Qué pasa? ¡que se lleva las perdices!



—¡Pero, hombre! ¡no se lleve usted las dos! ¡al menos déjeme usted una!

—¿Una? ¡un demonio!



¡A LA OTRA PUERTA!

AL EMINENTE ESCRITOR VENEZOLANO

GENERAL DON NICANOR BOLET PERAZA

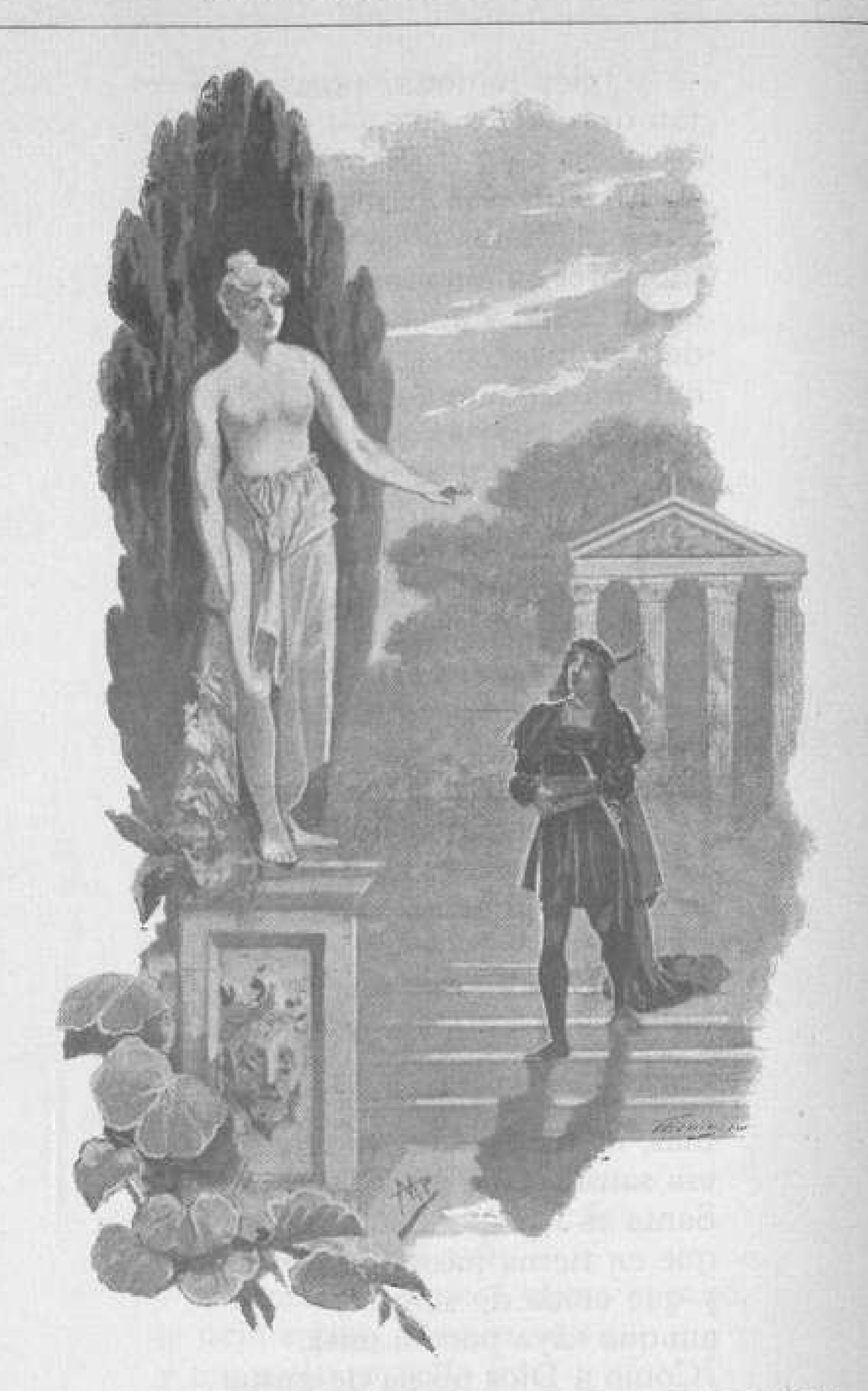
¡Tan! ¡tan! ¡tan!
—¿Quién?
—(No me arredro).
Un humilde servidor...
—¿Quién es usté?
—Un pecador
que quiere hablar con San Pedro.
—¿Pecador é irreverente
llama á esta puerta? ¿qué busca?
—(¡Vaya una manera brusca
de recibir á la gente!)
—Yo soy San Pedro.
—¿De veras?
al verle tan conservado
no lo hubiera sospechado...
¡por usted no pasan eras!...

—Conque explíqueme en buena hora
á qué vino.
—Vine á ver
si estaba aquí mi mujer.
—¿Y quién es... esa señora?
—Una santa.
—¿De verdad?
—¡Hombre! no lo sé de cierto,
pero me han dicho que ha muerto
en olor de santidad.
—¿No vivía usted con ella?
—No, señor; me cansé pronto
de su amor, y fuí un tonto,
porque era joven y bella.
¡Qué carnes!... ¡lirios y rosas!
¡y qué curvas!... ¡un primor!
—Hombre, hágame usté el favor
de no hablarme de estas cosas.
—Ciego de amores quedé
al ver un día su talle...
—¡Le digo á usted que se calle,
que me compromete usté!
—Aunque era mi amor sin maca,
subsistir en mí no pudo,
pues amor quiere ir desnudo
y detesta la *casaca*.
Como amante, nunca olvido
ni hay quién en lealtad me iguale;
pero ella... ¡dale que dale
con que quería marido!...
—¿Y cómo, si su querer
olvidó y burló su anhelo,
se descuelga ahora en el cielo
en busca de su mujer?
¿No estaba usted en sus glorias
lejos de ella? (¡Ya me carga!)
—Es una historia muy larga...
—Pues déjeme usted de historias.
—¡Qué quiere usted! los placeres
tienen atracción de imán;
yo ardía como un volcán
y en pos de hermosas mujeres
me lancé á probar fortuna...
—¿Teniendo una? ¡grave ha sido
la falta!
—¡Bah! ¿qué marido
se satisface... con una?

— El que no peque de lelo;
¡como que por una sola
hay quién luce la aureola
de mártir, aquí en el cielo!
—Pues quien, de sobra bolonio,
tenga varias, se salvó
con más razón...
— ¡Ese no,
porque ese... se da al demonio!
— En fin, déjeme usté entrar
á ver si está mi mujer.
— ¿Pecador y pretender
en el cielo penetrar?
— Como se me ponga ..
— ¡Un cuerno!
es inútil su porfía.
— ¡De tamaña grosería
me quejaré al Padre Eterno!
— ¡Bah! el Señor no se desdora
oyendo á maridos tales.
— Es que llego á estos umbrales
arrepentido...
— ¡A buena hora!
Cuando, del placer cansado,
ya el hastío en su alma siente...
¡Si alguien aquí se arrepiente,
soy yo, de haberle escuchado!
Conque ¡largo! y su consuelo
no busque en esta mansión.
—Yo creo que no hay razón
para alborotar el cielo.
— ¡Hombre! ¡eso es! cierro el pico,
le dejo entrar, Dios le ve,
y me suelta aquello de:
«¡Buena la has hecho, Perico!»
— Dios es bueno...
— ¡Demasiado!
— Y si le hablo...
— ¿A qué insistir?
no le puede recibir,
porque está muy ocupado.
Su esperanza es ilusoria
y no sé por qué aún vacila ..
váyase y deje tranquila
á su mujer en la gloria.
¡Digo! si en la gloria está,
que es lo que falta saber.

—¿Quién lo duda? ¡una mujer
tan devota!...
—¡Bah! ¡bah! ¡bah!
—En su fervor extremado,
jamás del templo salía...
¡hombre! hallándome yo un día
en la cama, y amagado
de una fuerte congestión,
que era urgente combatir,
me dejó casi morir
por no faltar al sermón.
—¡Hum!
—Su devoción no escasa
citábase como ejemplo.
—Y cuando estaba en el templo,
¿quién cuidaba de su casa?
—Nadie... es decir, las sirvientas,
y es lo que no la perdono,
pues gracias á su abandono
ví pronto menguar mis rentas.
—¡Hum! ¿y á su cara mitad
busca usté aquí?
—¿Por qué no?
ya le he dicho que murió
en olor de santidad.
—¡Hombre! nada lo revela;
su fervor será infinito,
mas, lo que es aquí, amiguito,
esa santidad no cuela.
Santa es la esposa sumisa
que en tierna pasión se abrasa
y que cuida de su casa,
aunque vaya poco á misa.
¿Cómo á Dios no ha de gustar
que profese la mujer
la religión del deber
en el templo del hogar?
—¿Conque el mundo me ha engañado?
—¡Claro! lo mismo que á un chino,
y ha hecho usted un desatino
en haber aquí llamado.
—Y ahora, ¿quién, ¡oh, Dios eterno!
á dar con mi esposa acierta?
¿dónde llamo?
—¡A la otra puerta!
pregunte usté en el infierno.

CASIMIRO PRIETO.



LOS DESPOSORIOS DEL POETA

Noche de Otoño. Una luna hermosísima ilumina el jardín, prestándole el encanto de los mundos imaginarios.

En el fondo álzase solemne, con la blancura del mármol y el brillo de la plata, el pórtico de un templo griego.

A la derecha, sobre el azul del cielo, apenas salpicado de estrellas, se destaca un inmenso ciprés, y á la izquierda desemboca un sendero semioculto entre el follaje.

A mitad de la escalinata del templo y como sorprendida en el instante de descender sus peldaños, yérguese una figura de extraordinaria belleza, cubierta de blanco traje que ciñe al talle un cinto de oro, recamado de ópalos, rubíes y turquesas.

¿Es una mujer? ¿Es una estatua, levantada allí por el capricho de un artista soberano?

De la estatua tiene la inmovilidad pétrea al par que la sobrehumana belleza de las obras modeladas por el genio; pero sus ojos, en vez de ser blancos y muertos, tienen un fulgor felino, cual si sus pupilas fueran transparentes y vivas esmeraldas.

Reina un silencio religioso; la creación entera parece poseída por el éxtasis lunar, y sólo de tiempo en tiempo una ráfaga de viento, que apenas mece las hojas, conduce los acordes de una música dulcísima.

La visión blanca siempre permanece inmóvil, los verdes ojos fijos en el espacio y los brazos alzados como si esperase que alguien fuera á precipitarse en ellos. Su faz, argentada por la luna, tiene una sonrisa vaga, indefinible.

En el sendero de la izquierda óyese un leve rumor de pasos y luego surge de la sombra una extraña silueta.

Es un joven todo vestido de negro. Cubre su cabeza un birrete, su busto un jubón de terciopelo y modela sus piernas apretada malla. Largos rizos cáenle hasta los hombros; luce en su cintura el cabo cincelado de una daga y del brazo izquierdo cuélgale una capa que arrastra por el suelo.

Camina distraído, como abismado en graves pensamientos, moviendo tristemente la cabeza.

De pronto se detiene, fija sus ojos profundos, llenos de singular extravío, en la blanca visión, pásase las manos por la frente, como queriendo recordar, y cual si cediese á un impulso irresistible, vase luego, paso á paso, aproximando á aquélla.

Detiénese al llegar al pie de la escalinata, hinca en tierra una rodilla, quítase el birrete, como si estuviera en presencia de una imagen sagrada y, con acento ferviente, dícele á la blanca aparición estas palabras:

—Esta noche va á brillar en los tiempos con fulgores de aurora. En ella se va á cumplir una nueva redención.

Mañana la humanidad desesperada despertará gozosa, alentada por nuevos ideales.

Desde hace siglos, vago, alma desesperada, por el mundo, condenado á seguir peregrinando en él, por haber dudado siempre, por haberme negado á amar ciegamente á una mujer.

Mas, por fin, te he hallado; tú eres, sí, la desposada que me deparaba el cielo, y nuestro consorcio ha de marcar una era nueva en los destinos humanos.

Sí, tú eres Realidad. Tú no eres buena ni eres casta; tú no tienes corazón; pero eres hermosa y eres fuerte. Te ríes de la razón de los débiles, te burlas de la justicia y del derecho; la equidad te parece una quimera y sólo crees en la lógica fatal de la dinámica. Virtud y fuerza son para tí una misma cosa, y la bondad una bajeza.

Yo me prosterno ante tí, Verdad hermosa, apenas entrevista en los días magníficos de Atenas; yo te proclamo la diosa vencedora de una religión hipócrita y cobarde, y te pido que dés á mi ser, todo vibrante, la soberana inercia de la piedra!

El joven dijo estas últimas palabras con exaltado acento, y luego, poniéndose de pie, calló, fijando sus ojos en la diosa.

La visión seguía impasible, en su perpetua actitud marmórea.

—¡Habla! ¡respóndeme! ¿Me aceptas por esposo? ¿Quieres que redimamos la mísera humanidad que se enloquece al ver desvanecidos todos sus quiméricos ideales? ¿No quieres, Realidad, ser la novia del poeta?

La impasibilidad de estatua, al par que aquella sonrisa de los ojos verdes, parecieron enloquecerle.

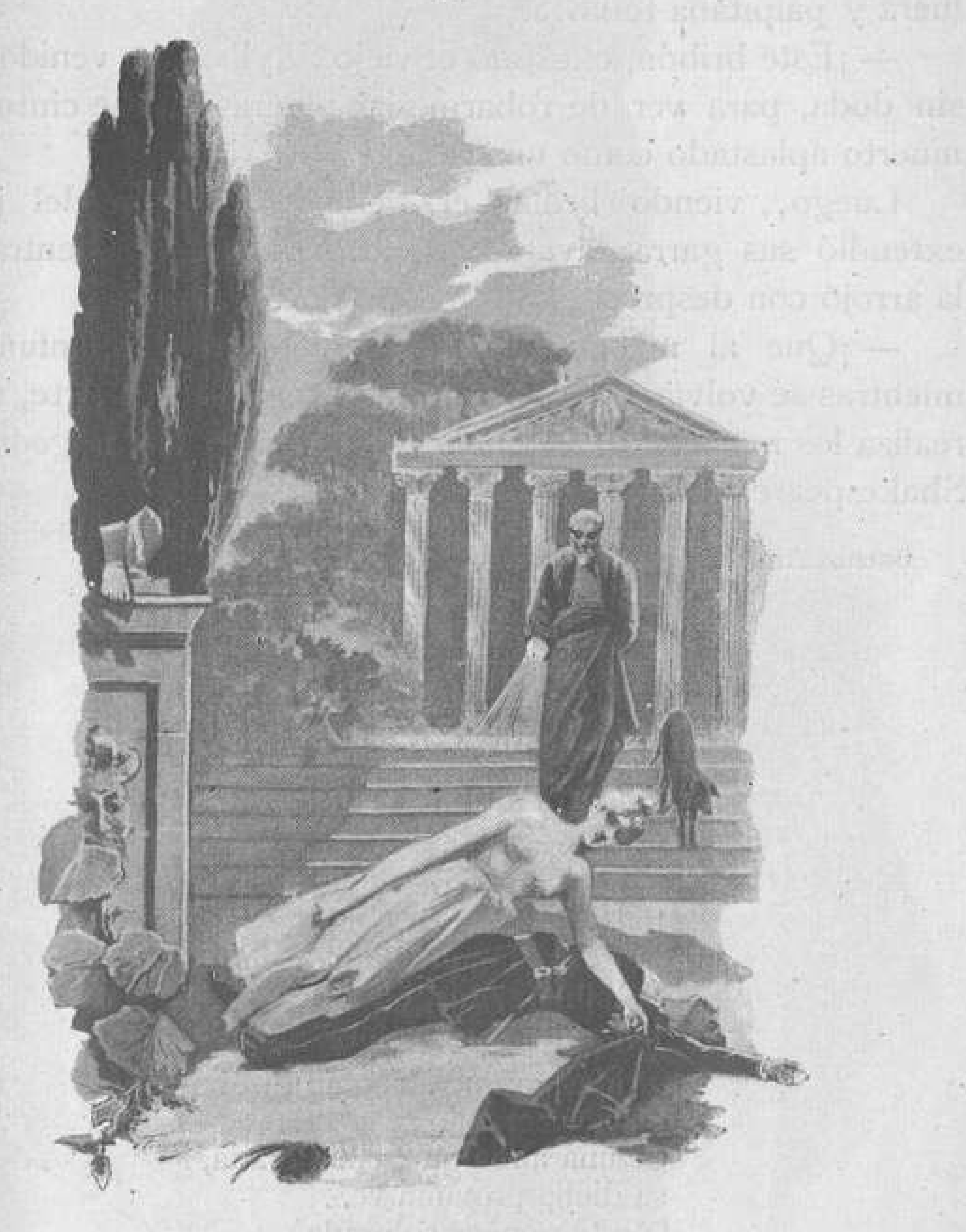
Mesóse los luengos cabellos y con acento airado volvió á gritar:

—¡Respóndeme! ¿quieres ser mía?

Y precipitándose con ímpetu furioso ascendió la escalinata,

y tomando á la blanca aparecida de los extendidos brazos, la atrajo á sí con un violento esfuerzo.

La impasible, entonces, vaciló, se inclinó hacia adelante, y, de pronto, como una estatua que pierde el equilibrio, rodó por la escalinata arrastrando al poeta en su caída.



Oyóse el grito breve, sofocado, del hombre á quien abre el pecho una artera puñalada, y luego, absoluto, reinó el silencio...

Trémulo de miedo, con una linterna en la mano, apareció entonces en el atrio un anciano de larga barba, calvo y de enzarzadas cejas.

Descendió la escalinata con paso vacilante, recogiendo los pliegues de su amplio traje hebreo, y miró con sus ojos de buho el grupo que formaban la estatua y el poeta. El índice de Realidad había penetrado como un puñal en el pecho del joven, abriéndole horrenda herida. El corazón había salido fuera y palpitaba todavía.

—¡Este bribón, exclamó el viejo Shylock, ha venido aquí, sin duda, para ver de robarme las piedras de ese cinto y ha muerto aplastado como una rata!

Luego, viendo brillar el bermejo corazón del joven, extendió sus garras avarientas, arrancó la noble entraña y la arrojó con desprecio á un mastín que le seguía.

—¡Que al menos sirva para algo! dijo refunfuñando, mientras se volvía presuroso hacia el templo del Arte, donde realiza los más pingües beneficios editando las tragedias de Shakespeare.

Julio Piquet.

Buenos Aires, Abril de 1895.

EN EL ÁLBUM

DE LA DISTINGUIDA SEÑORITA

MARÍA LUISA ITURBURU

El símil es de rigor:
toda niña es una *flor;*
por eso, aunque de él te mofas,
te llaman *rosa*, en estrofas
llenas de luz y color.

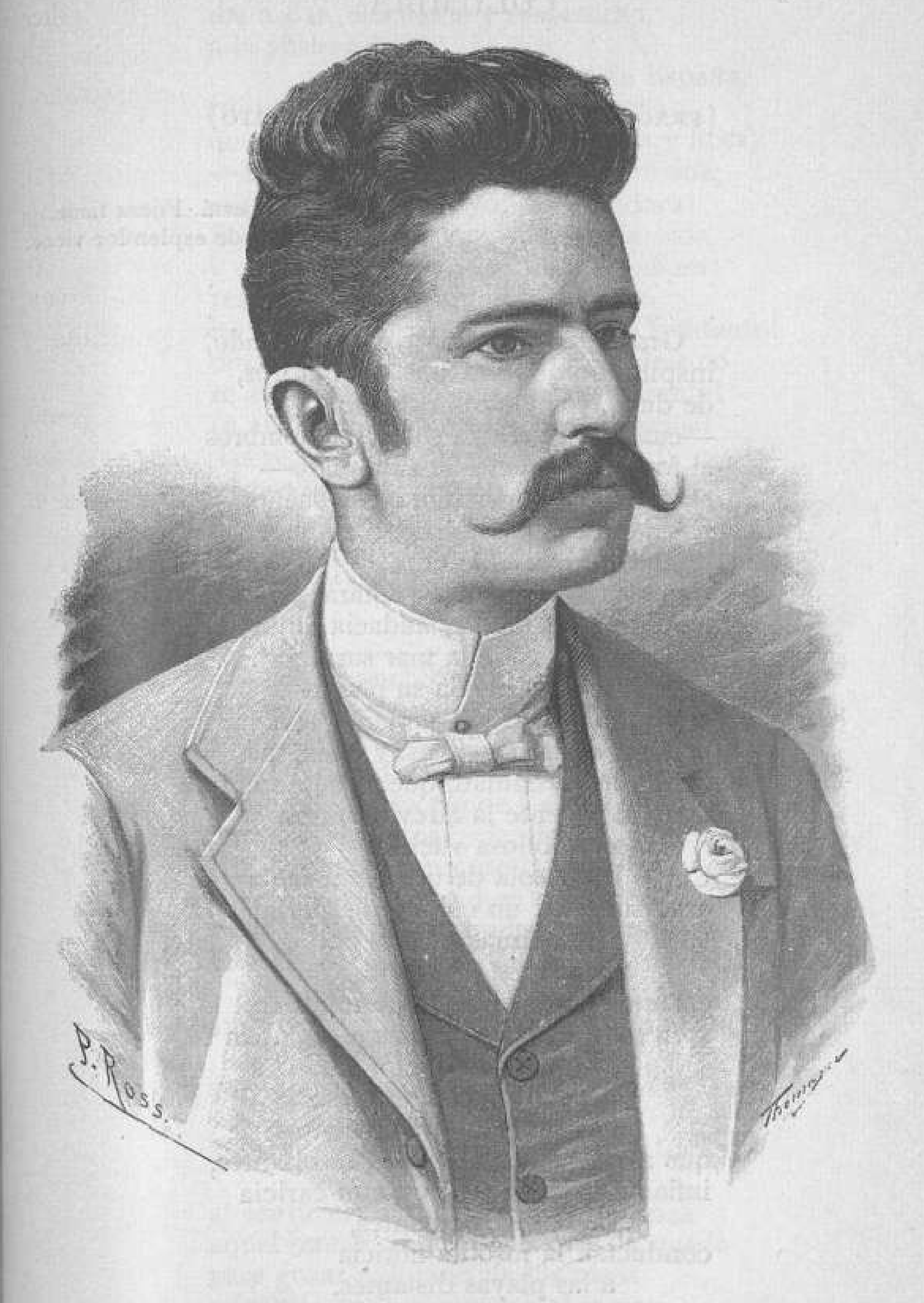
Mas yo que... ¿cómo diré?
cierto secretillo sé
de una alma que, enamorada,
su dicha próxima ve...
(no te pongas colorada),

Con el *lirio*, en lo amorósa
y abnegada hasta el martirio,
te comparo, niña hermosa,
porque tu amor no es de rosa,
porque tu amor es *de-lirio.*

Casimiro Prieto.

9 de Julio de 1895.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Manuel Bernárdez

EXIMIO ESCRITOR URUGUAYO

COLUMBIA

(FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO)

Limpio está. Fijeza tiene.
En busca de esplendor viene.

. . . .
. . . .

Grave, lento el andar, meditabundo,
inspirando á la vez iras y asombros,
de dulce voz y adolorido ceño,
—cual si sintiera ya sobre los hombros
el formidable peso de su mundo—
el viejo soñador marcha á su sueño.
Él es el destinado, y Dios lo sabe!
¡Hable Dios! ¡calle el mar! ¡paso á la nave!
¿No está el mundo?... ¡Estará! ¡Si no estuviera,
para premiar tal fe y audacia tanta
de los abismos de la mar surgiera!...
Mas ya huella su planta
la virgen playa; el triunfador levanta
pendón de las Castillas; y resuelta
del globo la unidad, que el héroe ignora,
pone al Oriente la atrevida prora
en jubilosa vuelta.
Como la aureola de una testa santa
orna su frente un círculo de gloria;
las marinas legiones
de crinados tritones,
echando fuera el pecho le miraban,
y en sus torcidas trompas resoplaban
bramidos de victoria,
cuyos broncos acentos,
cabalgando en los vientos
que al chocar en las velas, resollantes,
inflamaban sus vientres, con caricia
de lascivos amantes,
conducían la insólita noticia
á las playas distantes.
La noticia que el viejo, victorioso,
con una mezcla extraña
de gratitud, de audacia y de cariño,

magnífico y triunfal como un coloso,
ingenuo como un niño,
iba á dar, elocuente y respetuoso,
á la austera Isabel.
—«Reina de España,
(dice, sin ver que la pupila huraña
que sondeó el porvenir, se anubla y llora):
—la Quimera á mis pies cayó vencida;
vos fuisteis, que no yo, la vencedora!
Por vos mi sueño *fué*, surgió á la vida,
y el sueño es para vos; ¡tened, señora!
¡es todo vuestro! saben el camino
las naves y el valor: ¡siempre á Occidente!
donde se oculta el sol, un gran Destino
se alza, como otro sol, sobre la frente!
¡y allá un eterno azul en los espacios!
¡las regiones de Ofir, maravillosas!
¡el oro en ríos, montes de topacios
y almas ingenuas, gentes candorosas
que gozan, de la selva en los palacios,
la santa mansedumbre de las cosas!»
. . . .
. . . .
—«Este pueblo viril y valeroso
que ora en eterno batallar ansioso
su gigantesca actividad espande,
tiene, bajo aquel cielo religioso,
campo de flores donde ser dichoso,
donde vivir en paz, donde ser grande!
Allí del torvo genio de la guerra
el resonante grito no se escucha:
vuela el germen fecundo, cae en tierra,
prende y revienta en flor: ¡todo sin lucha!
¡Allí sólo es preciso
amor! ¡tan sólo amor! ¡sobra el denuedo
para triunfar!.. Sumiso
se entrega el encantado paraíso
sin esquivez ni miedo
al grito victorioso del coraje,
que sonríe y se amansa
al sentir el candor con que descansa
aquel mundo infantil! Y se anda quedo
para gozar el himno de los picos
vibrando en la espesura del ramaje,
y la brisa balsámica y salvaje,
que agitando invisibles abanicos
como un soplo de amor besa la frente,

y mece blandamente
las verdes cañas de cabezas blondas,
como un piélago de ondas
movidas á los rayos del Poniente!»

. . . .

—«La cimitarra de Almanzor desnuda
no más la espada de la cruz contrasta.
¡Y aguarda el porvenir! Rauda y aguda
la quilla de las naves españolas
vuela saltando la barrera de olas,
y el fiero pabellón fatigue el asta
suelto al rencor del vendabal marino
en busca del camino
que sigue el rumbo de la tierra casta!
Y llévele su afán la noble ciencia;
su defensa y su gloria el estandarte;
la radiante palabra su elocuencia,
el trabajo su pan, su luz el arte,
la fe sus fuerzas y el amor sus lazos!
La redentora cruz tienda los brazos
para estrechar en ellos la inocencia
de aquella tierra, donde todo es bueno,
todo dulce y sereno,
todo lleno de gracia!
De aquel mundo que late como un seno
bajo el fogoso beso de la audacia!
donde vivir es una dulce suerte,
¡y no es pena morir! ¡Hay en la muerte
una actitud de actividad dormida!
A lo grande, á lo trágico, á lo fuerte,
á lo dulce, á lo hermoso, á lo pequeño,
al sauce triste y á la cierva herida,
los ví salir de la risueña vida
y descansar en la tranquila muerte
sin otra pena que cambiar de sueño!
Llenan bosques, cien veces seculares,
nubes de aves de vívidos matices
y cálidos cantares!
Llameando de pasión mueren felices
los rápidos insectos febricientes
entre los viejos árboles durmientes,
gigantes con raíces
que levantan la pompa de sus frentes
á la montaña que el azul recorta,
por donde el río, como enorme aorta
del salvaje organismo

baja, latiendo, en efusión de plata,
choca en la peña que su marcha corta,
ruje, espumea, y roto en catarata
con salto colosal rueda al abismo,—
del abismo resurje á la campiña,
su tocado de flores desaliña
enarbolando el iris
como pendón de estrago,—
hasta que al fin, vencido
por su propia violencia,
turbando el sueño de cristal del lago
que refleja al azul vasto y bruñido,
se va á tender con plácida indolencia
á los pies de los árboles aduncos,
y se queda dormido,
en un tranquilo sueño de inocencia,
sobre el movible lecho de los juncos!»

. . . .
. . . .

MANUEL BERNÁRDEZ.

Montevideo.

DANTE EN LUNIGANA

(CONVENTO DE SANTA CROCE DEL CORVO)

A la puerta del convento
llama un fatigado anciano:
—¿Qué quiere? ¿Qué busca, hermano?
—Quiero paz y busco paz.—
Y el sublime pensamiento
de una mente creadora,
por esos labios implora,
resplandece en esa faz!

¡Era Dante! ¡Era el profeta
de la Italia! El astro errante,
en ese mundo ignorante,
juguete siempre del mal.
¡Era Dante! ¡El gran poeta
que á esa celda solitaria,
como una sacra plegaria,
trae un poema inmortal!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.

ENTRE NOVIOS



—¡Quita, por Dios! satisfechos
no esperes ver tus... caprichos.
—¿No nos tomamos los *dichos?*
¡pues pasemos á los *hechos!*

EPIGRAMA

—Mi padre dice que quiere
que me dedique á las armas
y á mí me gusta el comercio...
—Pues esta cuestión se zanja
fácilmente, con abrir
una *tienda... de campaña.*

EL ÚLTIMO ABENCERRAJE

Perucho el viejo le llamaban, para distinguirlo de Peruchín, su hijo; y cumplía años por San Pedro, como es natural.

Como era rico de diez burras, un ciento de gallinas ponedoras y unas cuantas cabras regadas por el orégano del lugar, todo el mundo sabía que ese día Perucho el viejo sumaba sesenta eneros cabales, pues no nació bajo la advocación del Apóstol, sino bajo la de su tocayo el de Nolasco; por lo que en el pueblo vecino le preparaban una serenata cuatro ciegos filarmónicos de la murga comunal.

Pero ocurría el conflicto de que la casa del amo del santo estaba fuera de poblado, tras de una ceja de monte con mucha maraña, gracias al gran respeto que por la belleza natural tenía la honorable junta de caminos y ejidos. Enterados de lo cual, deliberaron los ciegos musicantes, sobre el modo de arribar á lo de Perucho sin peligro de romperse la crisma en un resbalón ó escarbarse la ceguera con alguna rama; dada la carencia absoluta que el cuarteto padecía del órgano visual.

A socorrerles en su necesidad acudió Paquito el Tuerto, quien puso á la disposición de los ciegos su último Abencerraje, que así llamaba él al ojo que le quedaba; y á la hora convenida, las nueve de aquella noche, que lo era de perros, emprendieron marcha, cogidos los ciegos de las faldas de sus chupas, y el primero de ellos prendido á la mano del lazarillo cíclope.

Este indispensable funcionario, al topar con la casa del festejo, debía avisarlo á los murguistas, y éstos romper de sopetón y sin templaduras ni preludios la cencerrada petronal.

Caminaban así, de reata, los ciegos en aquella obscuridad en que el único candil era el ojo del tuerto, y á la voz de *¡rama!* se bajaban, y á la voz de *¡zanja!* se echaban á un lado de la trocha; cuando en esto, y en lo más cerrado de

las malezas, Paquito, á quien hizo traición su último abencerraje, no advirtiendo la respetable presencia de un palo que se lo destripó como desyemar un huevo, se llevó la mano á la tortilla, y echando adelante un terno de los buenos, gritó con furor adolorido: — ¡Agora sí, demonches, que llegamos á onde íbamos!

Tomaron los ciegos el grito por la señal convenida, y dando por seguro que ya estaban *mirando* la casa de Perucho, rascaron las barrigas á sus guitarras y rompieron á cantar en esta guisa:

«Desde aquí te estamos viendo
Con la fortuna tu amiga;
A quien Dios se la depara
San Pedro se la bendiga.»

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.

DOS TEMPESTADES

— ¡Jesús! — mi madre, sentada
junto al viejo velador,
exclama al ver los relámpagos
penetrar por el balcón.

El agua cae á torrentes.
Continua detonación
turba el cielo, y los cristales
bate el viento con furor.

— ¡Jesús! — repite mi madre,
y en sus labios la oración
aparece entremezclada
con la piedad y el temor.

¡Pobre madre! te da miedo
de la tormenta el fragor,
y quieres ¡madre del alma!
que te abra mi corazón...

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.



Á GRECIA

Sobre la fría envejecida tierra
vierte la luna llena un baño de oro,
¡oh inspiración! en el silencio augusto
desciende á mí como en los días griegos
á ungir bajabas despejadas frentes!
El cielo azul limita á la distancia
al mar, llanura de plateadas ondas,
y la visión de la Belleza surca
rápida y noble la región del aire.
Faunos y ninfas el callado bosque
finge en las muelles plácidas penumbras,
y esperan los sentidos oir el eco
de la festiva danza organizada
bajo los toldos de la larga sombra.
Serena y joven como casta virgen
la gran naturaleza se recrea
en el espejo de sus propias galas.
No la corona de sus soles usa,
abandonada la dejó, pues huye

en esta noche ostentación y pompa.
Sola, cual Venus misteriosa, al borde
de la onda azul cuando la vió radiante
de Praxiteles la mirada artista,
¡qué hermosa luce de esplendor orlada!
Aquí los sauces languidecen mustios
con una gran melancolía grave
como monarcas en destierro injusto.
Allá la palma en el distante linde,
corta del aire los sutiles velos
con la arrogancia de amazona joven.
Y aquí, bien cerca, telaraña verde,
la hiedra escala con su pie menudo
el viejo cerco de ladrillo rojo.
Vese del mar venir, tendida el ala,
un ave blanca de gigante forma,
es la vela latina de una nave
que viene á guarecerse perezosa
en el remanso del pequeño golfo...



Madre del alma, la celeste Grecia,
de Mnemosina en la caricia viene
tal como el beso de un lucero blanco,
y se presenta ante los ojos míos
de frescos mirtos y laurel ceñida.
De Homero el verso en mis oídos suena
con el rumor de las abejas de oro
que en el Himeto sus panales forjan,
ó bien retumba como largo trueno,
cuando de Aquiles las sagradas iras
interpreta el cantor. Las naves parten
de la ribera de las altas islas
y al campo llevan enemigo el bando
de los argivos. El escudo fuerte
del héroe brilla al resplandor febeo,
y por los campos los mortales luchan
siendo testigos de su afán los dioses.
Noble Minerva, triunfadora casta,
austera diosa de pupilas hondas
y pensativas ¡cuánto eres amable!
La línea en tí se reveló en su augusta
omnipotencia; su arquetipo eres!
¡Oh, madre Grecia! lo sublime hallaste;
la forma eterna del eterno encanto.
¡Oh grata evocación de las deidades
jóvenes siempre, del Olimpo vida,

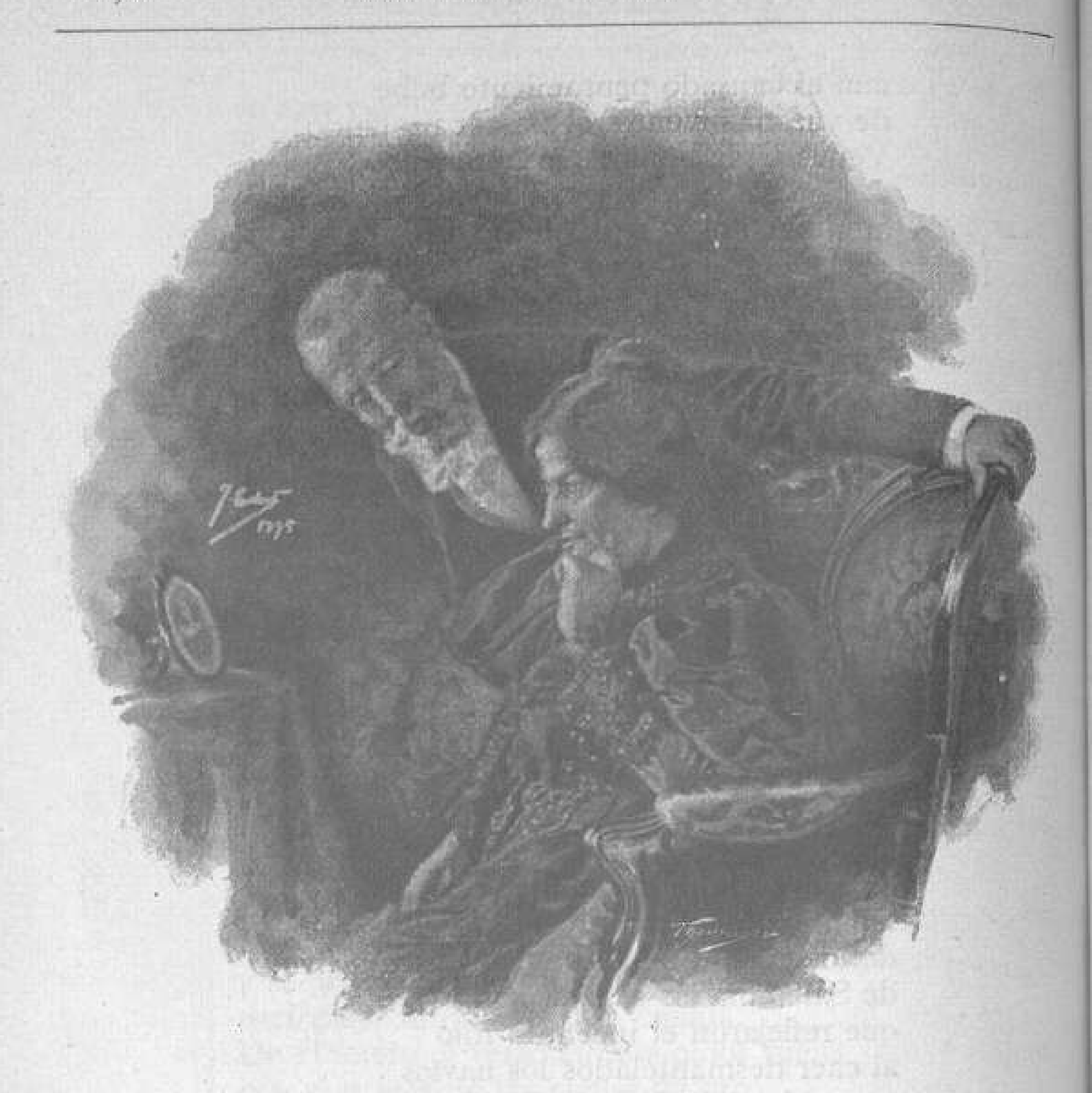
aún el cansado pensamiento bebe
de vuestras fuentes el frescor profundo!
Venus Urania majestuosa marca
el giro de los orbes y el amante
aún de Cupido el dardo de oro siente.
¿Y quién no adora á la de amores madre,
nacida de las olas que en su misma
desnudez tiene el sello sobrehumano
de una divina castidad impreso
como la ardiente rosa de los valles?
¡Cómo es de hermosa su sonrisa fina
relampagueando en su pequeña boca,
si en las cálidas noches de Cibeles
la copa del placer tiembla en sus manos!
Así de amor también la carne tiembla
cuando la tempestuosa Sapho pide
sus lúbricos perfiles al Deseo.
Así de Lesbos palpitando vaga
la nota de su afán en los verdores
al llegar la rosada Primavera.
El corazón, la mente, los sentidos,
todo se revelaba insuperable
bajo tu cielo de profundas combas!
De Maratón el llano pantanoso
donde encontró su tumba el persa altivo;
de Salamina las serenas aguas
que reflejaron el incendio rojo
al caer desmantelados los navíos
entre el crujir de leños crepitantes;
Platea, en fin, donde recoge y riñe
la libertad sus lauros y su fama,
bastaran á tu gloria si Belona
aún no hubiera ceñido á los trescientos
del rey Leonidas el laurel glorioso,
reverdecido en tus recientes hijos
en los de ayer, de Missolonghi bravos!

VICTOR ARREGUINE.

Montevideo, 1895.

EPIGRAMA

En una cuba cayó
Paco, adorador de Baco,
y en lugar de ahogarse Paco,
la cuba en seco quedó.



BODAS DE ORO

—Juana... ¡Juanita!

—¡Jesús, hombre! me has asustado.

—¿Estabas dormida?

—Sí, me senté delante de la estufa para leer las noticias del día y me acometió el sueño.

—Pues me extraña que te hagan dormir las *noticias del día*... ¡si fueran *de la noche!*

—¡Siempre con tus juegos de palabras!

—¡Qué quieres! son los únicos juegos que me permite la edad. ¡Ay, Juana!... *¡Al fin solos!*

—Vamos, estáte quieto.

—¿Te incomoda que estreche entre las mías tus manos... blancas? ¡Cruel! no eras así hace cincuenta años... ¡cincuenta! porque hoy hace medio siglo que el cura nos echó la bendición... ¿te acuerdas? cuando el sacerdote te pregunto si me querías por esposo, te pusiste del color de las cerezas, bajaste la vista al suelo, y tus labios, sellados por el pudor, apenas osaron despegarse para articular el monosílabo que me ha hecho más feliz en mi vida... de casado. ¿Y después, cuando por senda sembrada de rosas nos dirigimos á ese pedazo de cielo que se llama hogar? ¡Cómo temblabas apoyada en mi brazo! A mis amorosas palabras levantabas de cuando en cuando tus ojos grandes y hermosos, en los que leía mudas promesas de una felicidad sin límites... ¡Ah! ¡cómo has cambiado, físicamente, desde entonces! me cuesta creer que seas la misma.

—Cualquiera pensaría, al escucharte, que los años han respetado tu persona... ¡miren el presumido!

—Sí, pero yo me conservo más fresco; ya ves, no tengo un pelo blanco.

—¡Qué has de tener, si te has quedado calvo del todo!

—Creo que no tenemos nada que echarnos en cara, mujer.

—¡Vaya con el vejestorio!

—Pues ahí donde me ves todavía me miran las muchachas con afición.

—¡Angelito!

—¿Te burlas? pues hace cincuenta años no me habrías escuchado con la sonrisa en los labios.

—¡Bah! hace cincuenta años el ardor juvenil inflamaba tu sangre y era de temerse todo de quien gozaba fama de invencible en las guerras de amor, al paso que ahora...

—Sí, al paso que ahora no hay que temer nada. ¡Bien caras pagué mis galanterías con el bello sexo! porque nadie ha sentido la africana pasión de los celos como tú. Y eso que durante mi matrimonio procuré serte fiel... hasta donde me fué humanamente posible.

—¡Infame!

—¡Ay!... no empecemos de nuevo con los pellizcos, Juana.

—¿Te duelen?

—Sí, y además, á tu edad son un anacronismo; en la juventud, pase, porque algún desahogo debe permitirse á las mujeres, cuando, con razón ó sin ella, se creen suplantadas por una rival, ¡pero en la vejez!...

—¿Crees que en la vejez mueren todos los afectos? El amor es la vida del corazón de las mujeres, y sólo cuando cesa éste de latir dejan las mujeres de amar...

—Y de pellizcar.

—Pero ¡ya se ve! los hombres sólo consideráis el amor bajo el punto de vista... fisiológico, y no comprendéis que pueda sobrevivir á la juventud.

—El amor, bien, ¡pero los celos!

—No hay amor sin celos, como no hay cielo sin nubes.

—No hablemos de eso, Juana... ¡bastantes tormentas han descargado sobre mí las nubes de tus celos! Déjame gozar del buen tiempo en la vejez; de ese invierno, lleno de sol, para los que se quieren como nosotros... ¡Ay, Juana! ¡qué diferencia entre la noche de nuestro casamiento y la de nuestras bodas de oro! Ya no revolotean, como doradas mariposas, las ilusiones en nuestra alma, ni la llama del deseo enciende en los labios el beso de la pasión. De la nieve del invierno brotan las rosas de la primavera, pero de la nieve de los años no vuelven á brotar las flores de la juventud. Sólo hay una primavera para las almas, sólo... ¡ay!

—¿Qué tienes?

—No es nada... el pícaro reuma que viene á añadir un nuevo encanto á nuestras bodas de oro... ¡nuestras bodas de oro! ¡Vaya una luna de miel!

—Al menos no te incomodarán las moscas, porque el caso es...

—¿Qué?

—Que no me faltaron galanteadores. ¿Te acuerdas de Paco?

—No me hables de él, Juana... le detesto todavía. ¡Valiente pillo!

—¡Pobre Paco! ¡cuánto me amaba! ¡qué no hubiera dado por casarse conmigo!

—Pues hubieras hecho un mal negocio. A estas fechas, no te habría servido para nada absolutamente... ¡cómo que te has quedado calva!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene que ver mucho. Siendo calva, ¿qué hubieras hecho de semejante *peine*?

—Pues á mis padres les había entrado por el ojo derecho, ¡y qué no hicieron para torcer el curso de mis amorosos pensamientos! pero todo fué inútil; había tenido la desgracia de enamorarme de tí, y aun cuando me amenazaron con el claustro, tuvieron que deponer por fin las armas del enojo y sacrificar sus anhelos á mis inclinaciones.

—Sí, ya recuerdo la historia... ¡Bastantes malos ratos pasé con la dichosa oposición de tus padres! Como entonces estaba en auge el romanticismo, más de una vez me asaltó la idea de esperar una de esas noches negras en que no se ve parpadear ni una estrella, y escalar el balcón de tu casa para arrancarte de las garras de aquellos padres crueles, que, avaros de su tesoro, te robaban á mi amor y á mi ternura. Pero afortunadamente no cometí semejante barbaridad romántica, y ahora me alegro por tí.

—Es que el amor no me habría cegado nunca hasta el extremo de hacerme olvidar el decoro, y antes hubiera preferido el claustro...

—¿Al matrimonio? pues hay mujeres que prefieren... la escala de cuerda.

—No era yo de esas.

—Y la verdad es que me había aficionado á mi proyecto, del más puro romanticismo... No podía ser más tentador... ¡Ascender por una escala de cuerda en busca de una mujer hermosa, es subir de la tierra al cielo!

—Sí, una escala de cuerda sirve al hombre para subir al cielo, pero á la mujer le sirve sólo para descender al abismo!

—En fin, que no hubo rapto, pero hubo boda, que fué mejor. Tus padres cedieron á tus ruegos y lágrimas, y al

cabo tuve la dicha de llevarte á la iglesia, donde el cura bendijo nuestra unión en medio del contento de todos... ¡Ah! ¡qué felicidad tan grande la nuestra! hasta la noche misma se había engalanado con sus más ricas joyas de plata... ¡cómo brillaban las estrellas! parecían los ojos de los ángeles que, allá en las alturas, se habían asomado para vernos pasar... La luna, por su parte, libre de importunos velos, prestaba nuevos encantos á la noche, alumbrándolo todo desde el zenit, inundándolo todo de luz, como si hubiera querido hacer desaparecer toda sombra del cuadro de nuestra felicidad.

—Pocas lunas duró la vehemencia de tu amor.

—No es extraño; el matrimonio no tiene más que una: la de miel.

—Para el amor verdadero, esa luna no desciende nunca á su ocaso.

—¿En qué latitudes?

—En cambio, yo te he querido siempre lo mismo.

—Yo también.

—Menos cuando me has engañado.

—Te juro...

—¡Calla, infame!

—Pudo calmarse la efervescencia, la locura, el delirio de los primeros tiempos; pero nunca he dejado de quererte; lo sabes bien.

—Sin embargo, yo hubiera deseado verte siempre amante y rendido.

—¿Cómo entonces? ¡hija! cada cosa en su tiempo...

—¡Cuando recuerdo que juraste amarme con delirio eternamente!

—¡Qué quieres! todo pasa... hasta la *eternidad.* Entonces éramos jóvenes, y...

—Suéltame la mano.

—Y me dejabas imprimir en ella mil ardorosos besos... ¡ah! no parece la misma... es la que me diste al pie del altar, la que estreché después contra mi corazón, la que acariciaba mi negra y rizada cabellera, la que me abrió las puertas del cielo, y la que, más tarde... me dió tanto feroz pellizco.

—Bien merecidos los tuviste, por haberte olvidado tan pronto de la Epístola de San Pablo.

—Sí, pero eso no era lo convenido con el cura... ¡Ah! entonces no huía tu mano, como blanca mariposa, de las mías, sino que se dejaba aprisionar por ellas, y no oponía la menor resistencia cuando el amor la llevaba á mis labios... ¡oh mano encantadora! ¡quién te ha visto... y te ve! entonces su dulce contacto aceleraba los latidos de mi corazón, y ahora... ahora... mira, Juana, echa carbón á la estufa; su fuego se extingue y siento frío, mucho frío... ¡buena noche de bodas! ¡estoy dando diente con diente!

—¡Qué vergüenza! pues á mí no me sucede lo mismo.

—¡Es claro! ¡qué has de dar diente con diente... si te has quedado sin ellos!

—¡Qué galante!

—¡Ah! comprendo que las mujeres hermosas tengan horror á la vejez. ¡Qué estragos los que causa el tiempo, y qué herida tan cruel la que reciben en su vanidad al ver que va deprimiéndose la amplia curva de su seno, y saltan, como de rota sarta, las perlas de sus dientes, y pierde el talle su esbeltez, y el cutis su tersura, y las mejillas sus rosas, y los ojos sus claridades de cielo!... ¿Quién no se explica el afán con que ocultan su edad y procuran engañarse á sí mismas! ¡Hay tan pocas que se resignen á ser viejas! No hay efeméride más triste en la vida de la mujer como la de la primera cana.

—¿Y has esperado nuestras bodas de oro para decirme todas esas galanterías? pues yo he visto llegar la vejez con la sonrisa en los labios. La que es buena es siempre hermosa. ¿Qué importa que sus formas pierdan la morbidez y su rostro los encantos de la juventud, si el alma que anima la arcilla, sin mancharse, conserva la hermosura de la virtud? ¿y puede haber para tí mayor felicidad que la de celebrar tus bodas de oro con una mujer que te ha sido fiel hasta el sacrificio; que ha apartado los abrojos de tu camino; que cuando te has sentido arrebatado por la negra ola de los desengaños te ha señalado el celeste faro de la esperanza; que ha endulzado las lágrimas

de tus ojos con la miel de sus labios, y que, al caer vencido en los combates de la vida, ha curado con mano piadosa las sangrientas heridas de tu alma? ¿No es todo eso más hermoso que esos encantos físicos que tanto os fascinan en la mujer y que tienen la vida efímera de las rosas? ¡Nuestras bodas de oro! ¡benditas sean unas bodas que podemos celebrar, sino con el fuego de la pasión en los ojos, con la sonrisa del cariño en los labios, y sino con el corazón henchido de amorosos anhelos, con la satisfacción del que ha cumplido su misión sobre la tierra! Antes Himeneo presidió nuestros amores, y hoy...

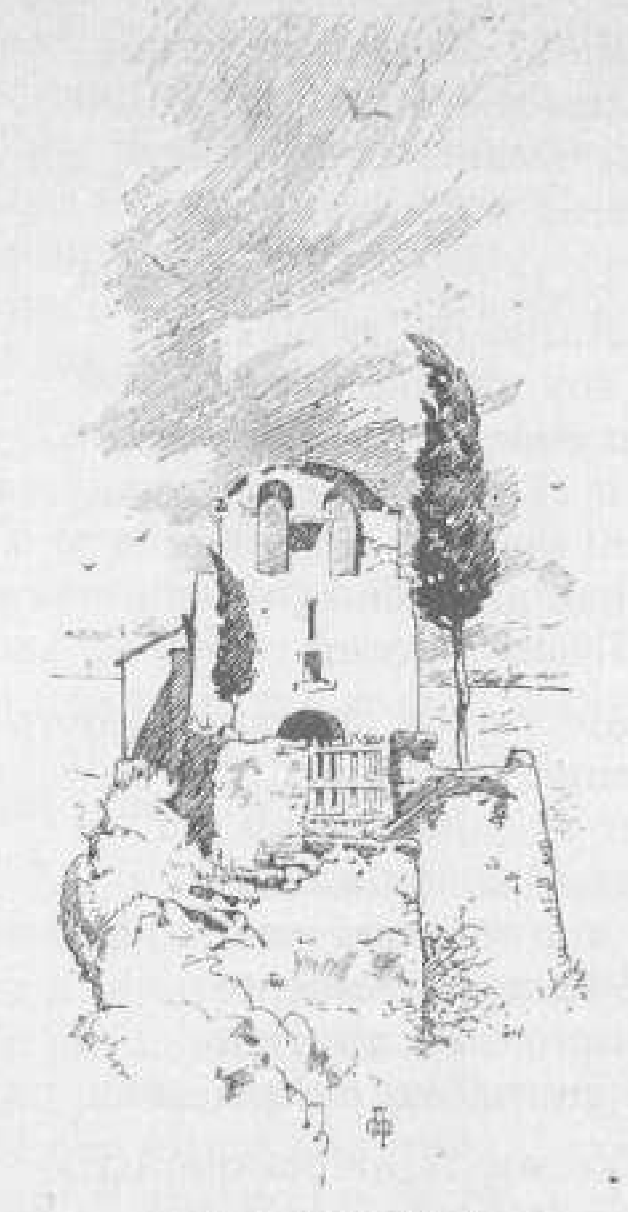
—Sí, y hoy es Morfeo... ¡que empieza á cerrarme los ojos!

—¡Felices aquellos que llegan al término de la jornada sin que el remordimiento ni las inquietudes turben su sueño! ¿Qué mejores bodas que las de oro?

—¡Bodas de oro! ¿quién habrá sido el infame que ha inventado las *bodas de oro?* ¡vaya una manera de *dorar* la píldora!

CASIMIRO PRIETO.





UN ADIÓS

Ya es hora de que me aleje;
ya es hora de que mi vida
vaya, como el ave herida
que arrastró la tempestad,
á juntar, sobre la altura
de lejanos horizontes,
la soledad de los montes
con su propia soledad.

Ya el viajero deja el oasis
para tornar al desierto;
ya la nave deja el puerto
y se engolfa en plena mar;
ya nadie alumbra la senda;
solitaria está la ermita
y la lámpara bendita
moribunda ante el altar.

¡Adiós, luz de una mañana,
adiós, sol de un bello día,
postrer rayo de alegría
que alboreó en mi corazón!

¡Adiós, imagen que tienes
la atracción de lo imposible
y el encanto irresistible
que da la última ilusión!

Tú te quedas en la playa
al abrigo de las olas;
yo soy náufrago que á solas
con ellas luchando estoy;
¡á tí el mundo te reclama,
á mí me deja y olvida;
al banquete de la vida
tú llegas y yo me voy!

Me voy de la fiesta, en hora
prematura todavía,
y en la mitad de mi día
miro el sol palidecer.
¡Y aun mi copa estaba llena
del licor efervescente
y lozanas en mi frente
las guirnaldas del placer!

Yo soy la niebla que baja,
tú la fragancia que sube,
tú el iris y yo la nube,
tú céfiro y yo aquilón;
tú la aurora y yo el crepúsculo
de luz pálida, indecisa;
yo soy lágrima, tú risa,
yo recuerdo, tú ilusión!

Yo soy abismo de sombra
de borrascas agitado;
tú, como el cielo estrellado,
eres abismo de luz!
Yo en la frente llevo espinas,
tú en la frente llevas galas;
tú llevas de ángel las alas
y yo del mártir la cruz.

Yo no tengo en la desgracia
dónde reclinar las sienes,
y tú, cuando lloras, tienes
quién alivie tu aflicción:
yo, si lloro, es en silencio,
y las lágrimas que escondo
caen solitarias al fondo
de mi herido corazón.

Sin hogar y sin amigos

y extraño en mi propio suelo,
¡tú eras mi único consuelo
y hoy tú me faltas también!
Roto el lazo para siempre
de un amor desventurado,
¡ruedo al infierno, arrancado
de las puertas del edén!

Tú entrarás en él un día
¡ay, pero no ya conmigo!
Yo te amo y quise contigo
la ventura compartir;
mas no quiero que compartas
la desgracia á que me inmolo,
y aunque más se sufre solo,
¡solo prefiero sufrir!

No quiero arrastrar tu vida
de mi vida en el naufragio;
yo no quiero que el contagio
de mi dolor llegue á tí.
Del jardín abandonado
de mis últimos amores,
para tí guardo las flores,
las espinas para mí.

Pasarán de estos instantes
las tristezas y alegrías,
y las horas y los días
y los años pasarán;
pero los dulces recuerdos
que dejas en mi memoria,
forman parte de mi historia
y en mi vida vivirán!

Me acompañará tu sombra
para siempre en la existencia
y con tu nombre en la ausencia
mi soledad llenaré.
Te amaré desde el retiro
hasta el día en que sucumba,
¡y si hay amor en la tumba
en la tumba te amaré!

¡Adiós, luz de una mañana!
¡Adiós, sol de un bello día,
postrer rayo de alegría
que alboreó en mi corazón!
¡Adiós, imagen que tienes
la atracción de lo imposible

y el encanto irresistible
de la última ilusión!...

JOAQUÍN CASTELLANOS.

Buenos Aires, 31 Mayo de 1893.

EN EL ÁLBUM DE ANITA AVENGO

¿Conque es posible que de mí te acuerdes,
niña traviesa de los ojos verdes,
y una página en tu álbum me destines,
cuando no hay una flor en mis jardines
que en su marcha triunfal, el viento, Anita,
no haya dejado sin piedad marchita?...
¿Para qué quieres flores deshojadas,
dí, princesita de los cuentos de hadas?
Si es capricho no más, cumplido sea...
Cuando el incienso en el altar humea,
la seca flor que al fuego se consume
aún puede dar al aire algún perfume.

En alas de tu afán, á tu alma asoma
la rosada ilusión, joven paloma
que se desvive por tender el vuelo
buscando otro horizonte y otro cielo.
No así le pasa al pobre peregrino
que sigue en el desierto su camino,
y aunque la vista por el llano extienda
no halla el oasis donde armar su tienda.
Feliz de tí, graciosa criatura,
que en plena luz de vida y de ventura,
de tristes días y de noches negras
nada conoces tú, y todo lo alegras.

El cielo quiera que al seguir tu marcha
jamás penetres la región de escarcha,
esa región de soledad y hastío
donde se muere el corazón de frío.
Que pase tu existencia mansamente
como entre flores límpida corriente,
sin que el cristal que tu contento espeja
nunca se empañe, ni llegando á vieja.
Y cuando al fin de la postrer jornada
deje la muerte su obra terminada,
recuerde con cariño tu memoria
todo el que sepa tu sencilla historia.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, 1895.

BELLEZAS AMERICANAS



MISA DE ALBA

A FEDERICO UHRBACH

¡Son las cinco! El vigilante de policía hace su última ronda hundida la barba en una bufanda á cuartos.

Un rayo de sol, pálido y gozoso, da los buenos días con una caricia que dura un segundo.

¡Y qué frío hay en la iglesia! No se distingue más que el altar mayor con cuatro cirios encendidos que parecen otras tantas estrellitas. La cortina de cuero de la entrada se levanta á ratos, y un fantasma negro se desliza junto con una bocanada de aire glacial que eriza los pelos de la nuca al sacerdote que masculla latinajos.

El ministro tiene casulla roja y el oro de la estola irisa con chispas que parecen exhalaciones. Detrás de mí hay un confesonario y en el ventanillo opuesto una mujer susurra sus pecados; á mis oídos llegan algunas palabras del confesor: «Corríjase, hermana; la envidia es el vicio...» y nada más, porque un grupo de pajaritos, posándose en el cristal roto de una ventana, inunda la iglesia con un rosario de gorjeos tan agudos, que el monago tiene que apretar los dientes para no reir.

Ya clarea: el presbiterio es de mármol, lívido é inmaculado, como el camisolín de la Virgen que sostiene al Niño.

La cortina se alza y un grupo de muchachas cuchicheando, y con sombreritos de colores, se arrodillan ante un banco y abren ruidosamente los devocionarios.

El sacerdote vuelve la cara y bendice las cabezas de los fieles, cerrando sus ojillos tras los cristales de los espejuelos.

En la calle ya es de día; los mozos de un almacén abren las puertas, bostezando con dislocaciones de mandíbulas, y en la casa de tres pisos, frente á la iglesia, un piano suspira sus notas matinales.

Alguien estudia. Es un vals preciosísimo, que arranca á las muchachas de sus éxtasis religiosos; y el ramillete profano de notas que se deshoja es un rocío de bienestar que ensancha los pechos en aquella obscuridad mezclada al asfixiante humo del incensario.

El sacerdote rumía una frase besando el altar, y entra en la sacristía seguido del monago, que guiña á las muchachas cuando comulgan y pellizca á las beatas cuando se quedan dormidas.

El vals ritma sus cadencias, que recuerdan cotillones y diálogos de amor. Las jóvenes de sombreritos de colores mueven las cabezas llevando el compás, y una rubita de mejillas encendidas, cierra el devocionario, y me mira sonriendo, como preguntando:

—¿Bailamos?

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

Habana, 1895.

BUSTO REGIO

Á DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

Ella es la reina blonda. La mágica heroína
que surge de las salas fastuosas del Trianón,
envuelta en roja seda joyante de la China,
ó en la espumosa bruma del pálido Alençón.

Su azul pupila bella, nostálgica lumina
el resplandor fosfórico de astral irradiación:
rimando sus hechizos unió la bandolina
á la áurea estrofa excelsa su dulce vibración.

Las rimas engarzadas en albos florilegios,
las flébiles canciones de líricos arpegios
de los brillantes bardos del clima provenzal;

No dieron á sus trovas bruñidas lindo tema,
como la triunfadora ciñendo la diadema
con perlas constelada de su blasón real.

CARLOS PÍO UHRBACH.

Matanzas (Cuba).

ENTRE RATEROS



—Oye, Juan, ¿quieres decirme
por qué á la iglesia no vas,
que no te he visto jamás?
—No voy... por no *descubrirme*.

EPIGRAMA

—¡Qué gritos! ¡qué batahola!
¿qué sucede aquí?
—No es nada;
es que festeja su santo
la señora de la casa,
mujer á quien gusta el ruido...
—¡Demonio! ¿es hoy... *Santa Bárbara?*

HISTORIA VIEJA [1]

No lo dudes, Gabriela: no hay memoria
ni en la obscura leyenda ni en la historia,
de un ser más sin ventura, que el marino
que al buscar de las Indias el camino
por la región sombría de Occidente,
con las olas y el hombre en lucha homérica,
vió surgir de repente
del mar azul la esplendorosa América.
Creyendo imaginario
el mundo que ofrecía,
su patria le llamaba visionario,
y hoy que el orbe con creces galardona
su genio, por fortuna,
sobre quién meció ó no su humilde cuna,
riñen tenaces Génova y Savona.
Llorando de los suyos el desvío,
y sin ceder un punto en su porfía,
á Portugal marchó; pero su brío,
si no perdido, vió menguado á poco,
pues el sabio se rió de su teoría
y el vulgo necio le trató de loco.
Llena la alforja ya de desengaños,
capaces de arredrar, Gabriela mía,
á un hombre de más temple y menos años,
fuese á tierra de España,
donde una reina, de feliz memoria,
cuyo nombre la gloria
eternamente con su lumbre baña,
le oyó, á despecho de la turba impía
que bulle de la corte en el proscenio,
y creyó en su teoría ciegamente,
en cuanto le escuchó, —¡que solamente
es dado al genio comprender al genio!
Y ¡ejemplo sin segundo!
por proteger al pobre *visionario*
que sueña con un mundo,
viendo exhausto el erario,
sus joyas vende y colma al navegante

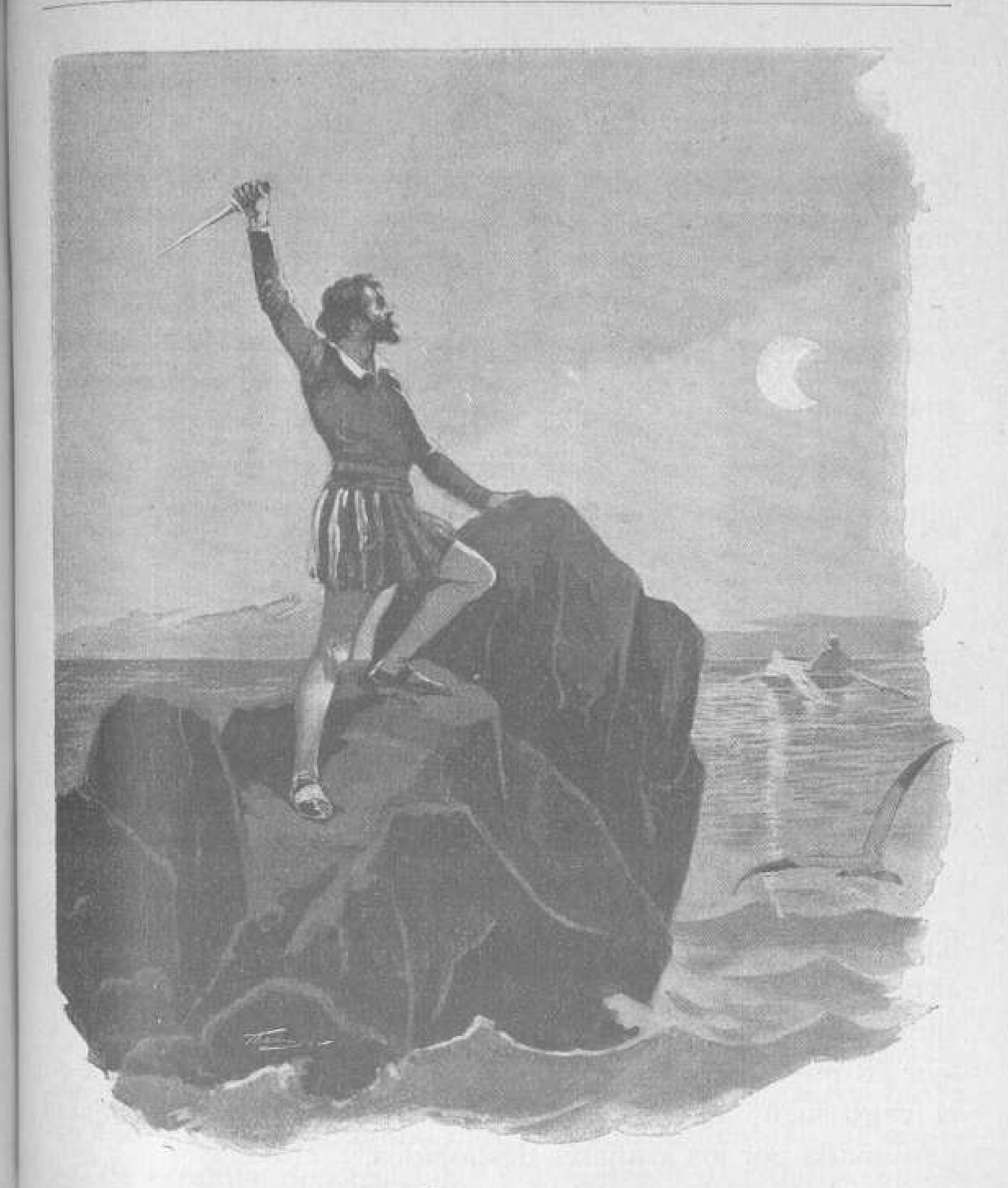
(1) Composición escrita con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

de todo cuanto su ambición anhela,
gracias á cuyos dones
puede darse Colón presto á la vela
con los bravos é intrépidos Pinzones.
Y busca en las regiones no exploradas
del proceloso Océano profundo,
las tierras codiciadas,
y á punto de mirar desvanecida
la esperanza que alienta el Almirante,
tachada, injustamente, de ilusoria,
puede un rudo español, con voz tonante
en vez de gritar *¡Tierra!* gritar *¡Gloria!*
Mas, ¿á qué recordar, linda Gabriela,
los altos episodios de una historia,
que, aunque vieja, está fresca en la memoria
de los chicos más chicos de la escuela?
¿Quién ignora los grandes sinsabores
que amargaron la vida
del que fué sólo digno de loores?
Pero no era bastante
la guerra que la envidia y la ignorancia
declararon al sabio navegante,
y quiso su triste hado
que se hiciese *inmortal* el desdichado...
¿Que no es una desdicha? ¡poco á poco!
será gran desventura
oirse llamar loco
y verse objeto de constante mofa;
pero es mayor desgracia todavía
lo que sucede al Almirante hoy día,
pues víctima de su hado, siempre adverso,
hay quién le pone en solfa y quién en verso,
sin entender de música y poesía,
y acabarán por trastornarle el juicio...
A haber sido *mortal*, nada sería,
pero siendo *inmortal*, ¡vaya un suplicio!

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

—Dí, ¿quién hace el chocolate?
—Clara...
—Pues tu idea alabo:
vale más que lo haga Clara,
que no que lo haga... *claro*.



EL SUEÑO DE ROHTZ

I

Era mentira.

El dormitorio de Rohtz estaba oscuro y en silencio.

En el fondo negro de la tiniebla había dos puntos fosforescentes: los ojos del buho, encaramado y quieto en el último palo de la percha, colocada en un ángulo del aposento, enfrente de la cama.

II

Rohtz estaba en la cima de la roca, armado de un puñal pronto á caer sobre el corazón, la mano crispada oprimiendo la empuñadura de la hoja reluciente y el brazo en alto y recto, inmóvil bajo la augusta mirada de los astros.

Y sin una nube en el cielo, ni una espuma en el mar, ni un rumor en el aire.

El rayo de luz amarilla, que descendía de la luna en menguante, parecía una enorme espada de oro que, al clavarse en el mar, se había doblado sobre su tersa superficie.

Bajo aquel destello de luz lunar se detuvo la barca, con los remos extendidos, como dos arterias, sobre el agua azul y resplandeciente.

Ella, tendida en la popa, con su blanco vestido de desposada, ajado y descosido, sueltos en undosàs madejas los cabellos dorados sobre los hombros desnudos, echada hacia atrás la artística cabeza, la boca entreabierta al afán no agotado de los últimos besos, los ojos entornados ante la visión de una realidad, antes ignorada, y el pecho hinchado por los primeros sollozos de la virginidad asustada y vencida.

Y él, sentado en la proa, con los robustos brazos desnudos hasta el hombro, la camiseta de rayas azules y blancas ceñida al pecho, el corto y amplio calzón de marinero sujeto á la cintura, los cabellos desordenados sobre la frente, risueño y feliz, Romeo triunfador de aquella Julieta, medio dormida en el vago sueño de la primera embriaguez nupcial, y todavía perfumada por los azahares deshojados.

En el último límite del horizonte brillaba el mar como una extensa faja de plata, extendida bajo las lejanas fulguraciones de la noche.

Y era mentira.

III

El brazo de Rohtz fué creciendo y creciendo, y se prolongó hasta la barca y quedó la mano armada de afilado acero suspendida sobre el pecho descubierto y de nieve de la hermosa desposada, inmóvil ante los innumerables ojos de lo

infinito, resplandecientes y abiertos en los espacios insondables.

Pasó un blanco jirón de bruma y otro detrás, y otro, y veinte, deslizándose sobre las aguas tranquilas como humaredas escapadas de un incendio, en fuga lenta, á manera de fantasmas que peregrinan uno tras otro en procesión misteriosa y solemne, perdiéndose lejos en las hondas quebraduras de la costa. Y por encima de la última faja del mar, aparecieron blancas pirámides de nubes, plateadas por la luna y semejantes á largas filas de fúnebres y nevados cipreses.

El primer soplo de viento, leve y templado, movió la primera ola mansa que fué á dormirse al pie de la roca, en el lecho de arena, sollozando como la virgen vencida y entregada.

Y era mentira.

IV

Rohtz vió desaparecer la luna, tornarse negras las nubes plateadas, apagarse los astros, caer la tiniebla sobre el mar, sepultarse todo en el abismo sin luz de la noche.

El rumor manso del viento se cambió en grito de amenaza, y el manso sollozo de la ola en rugido de fiera.

Oyó el golpe de los remos, el crujido de los tablazones de la barca, la voz de la desposada, que exclamó: — ¡Huye! — y el acento varonil del marinero, que gritó: — ¡Oé!

Sobre el agua del mar, negra como azabache líquido, brilló la luz del farol de proa. Después, las nubes negras descendieron hasta el mar, y las olas negras se empinaron hasta las nubes, bramando como monstruos hambrientos, con melenas de espuma, desordenadas y flotantes, levantándose en espantoso hervidero, tronando como la tempestad y relampagueando como ella, en el fondo de las profundas y turbadas lobregueces, donde se verificaba el acuerdo de las aguas enfurecidas con los huracanes desencadenados.

Mientras se hundían en el inmenso y tumultuoso remolino de las olas, la barca, el marinero que la conducía y la joven desposada, el brazo de Rohtz permanecía enhiesto é inmóvil en el espacio tenebroso.

Y también era mentira.

V

Rohtz entreabrió los ojos. Estaba en su lecho, enfrente del buho, que cerraba los suyos á la primera luz del día y dormitaba en su percha.

Sintió movimiento en las ropas, y algo frío que se aproximaba á él.

Era su desposada Lilí, que se metía en la cama.

Palpó su carne y la encontró mojada y fría, como una superficie de hielo que empieza á licuarse.

—¡Lilí! exclamó, oprimiendo fuertemente uno de sus brazos, ¿tú has estado en el mar, en una barca, con un joven marinero?

—¡Bah! contestó Lilí. Déjame en paz. Ahora mismo salgo del baño.

Y le volvió la espalda.

Aquella fué la última mentira.

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires, 19 Abril de 1895.





SERENATA INDIANA

Como red de brillantes,
la errante luna
sus fulgores desata
sobre la mar,
y en la orilla demora
la sin fortuna
tribu indiana, en que alzan
este cantar:

—

«A la vista del puerto
corta la ola,
de un pirata que arriba,
raudo bajel,
que aborda suavemente
la peña sola,
do está un indio que, presto,
se embarca en él.

»Es Tamaire que deja
los patrios lares...
De una imagen cristiana
se enamoró.

Le han dicho que ella vive
tras de los mares
y por ella á su amada
fiel, olvidó.

»La *guaricha* está en vela,
pero le mira
en la sombra, llorosa,
traidor, huir,
cuando pudiera, en breve,
bajo la ira
del cacique más fiero
verle morir.

. . . .

»¡Ah! de pronto, en el barco,
que luchan siente...
¡del marino extranjero
fué una traición!
Ella, al ver á su amado
morir valiente,
una flecha se clava
sin compasión.

»Cae un bulto en las aguas;
se oye un gemido;
al bajel, entre risas,
besa el terral:
—Soberbio esclavo, dicen,
hemos perdido.

. . . .

La *guaricha* está inerte
bajo un zarzal.»

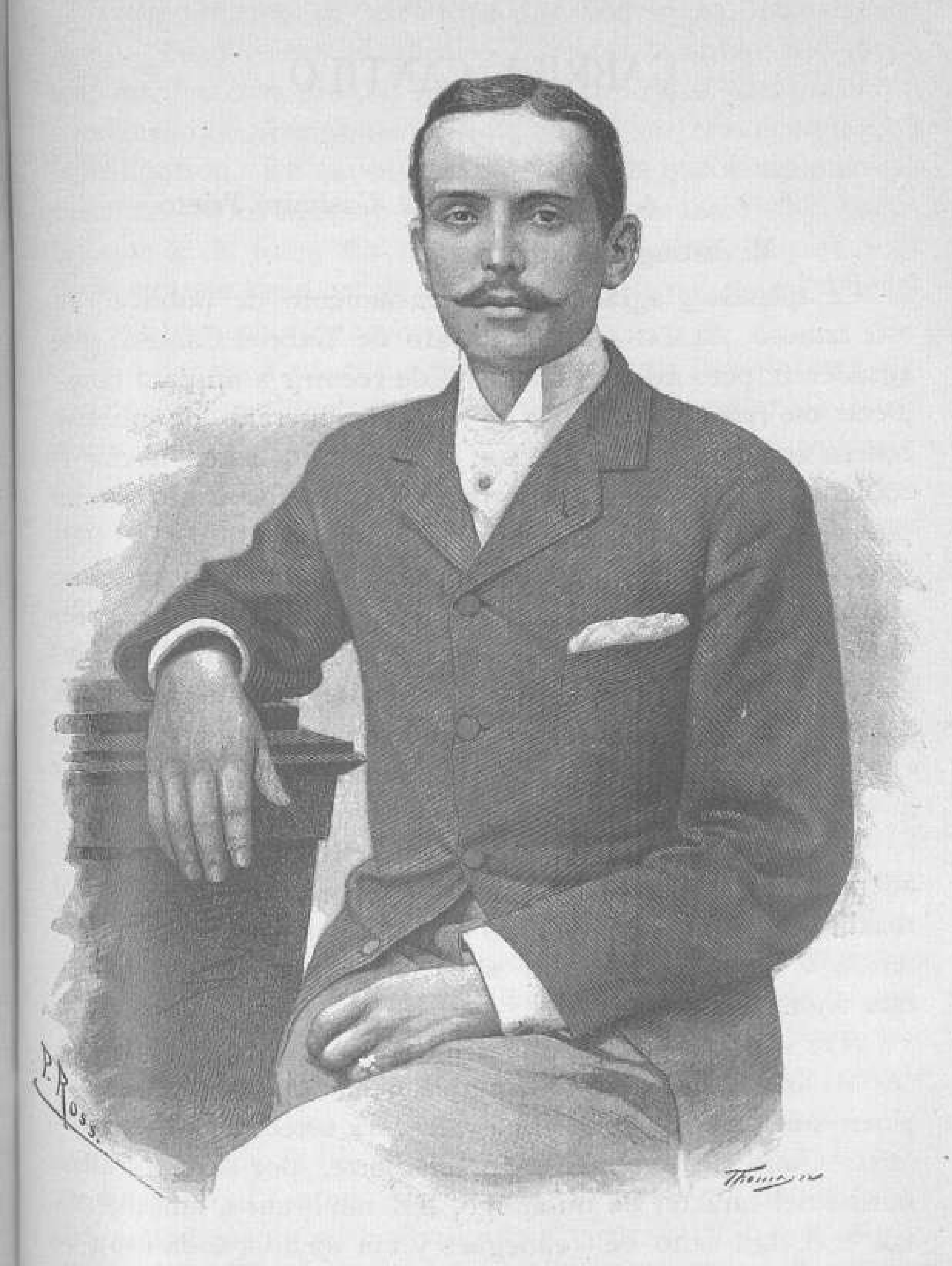
. . . .

—

Como red de brillantes,
la errante luna,
sus fulgores desata
sobre la mar,
y en la orilla en que duerme
la sin fortuna
india tribu, doliente,
cesa el cantar.

F. D.

Coro (Venezuela).



Sr. D. Gabriel Cantilo

DISTINGUIDO ESCRITOR Y CRÍTICO ARGENTINO

GABRIEL CANTILO

Sr. D. Casimiro Prieto.

Mi distinguido amigo:

Le aplaudo y agradezco su pensamiento de publicar en este famoso ALMANAQUE el retrato de Gabriel Cantilo; y le agradezco, pero no le aplaudo, el de recurrir á mí para completar ese retrato físico con el moral y literario de nuestro común amigo, por más que con ello me haya usted hecho la doble honra, que vuelvo á agradecerle, de fiar tanto en mi pluma y en mi sinceridad.

Con respecto á este último ha acertado usted, porque tan incapaz soy yo de andar con lisonjas como Cantilo de pretenderlas ni tolerarlas. Pero se ha equivocado usted al imaginar que, como compañero que soy de Cantilo desde que aquí llegué, y amigo casi desde el mismo momento, estaría en aptitud de bosquejar su historia literaria y hasta de hacer su biografía entera.

Pues no, señor, no lo estoy. Será esto muy raro, pero es además muy cierto. Sé yo menos de él que acaso sepan muchos que no le han tratado ó que sólo le conocen de referencia ó fama. Y para no saber, ni siquiera sé la razón de esta anomalía.

¿Por qué no he sentido más interés ó curiosidad por conocer los antecedentes de un amigo á quien tanto quiero y por quien tanto me intereso? Pues ahí verá usted, como decía el otro. Quizá se explique esto, en parte, por la naturaleza misma del carácter de mi amigo. Es tan franco, tan abierto, tan leal, tan falto de repliegues y tan ajeno á toda mira de alucinar con falsas apariencias, que casi en el acto cree uno conocerle por completo, de toda la vida; y no se siente comezón de escudriñar antecedentes ni pormenores, que, sean cuales fueren, no se les puede suponer en desacuerdo con lo que promete y garantiza ese carácter.

Generalmente se escudriña la vida ajena, aun la del amigo, cuando inspira recelos ó dudas. Cantilo no puede inspirar una cosa ni otra, sino, por el contrario, esa gratísima confianza que precisamente se complace en renunciar á toda investigación. Su amistad es de las pocas que se aceptan sin beneficio de inventario; es una moneda de tan visible buena ley que se la toma sin hacerla sonar. Por eso no sé más cosas de este buen amigo que las que el azar, no mi diligencia, me ha hecho conocer.

En cuanto á sus cosas públicas, que casi se reducen á sus escritos, porque de la política activa le ha mantenido hasta ahora bastante apartado su aversión á lo que nuestro Castelar llamaba las «impurezas de la realidad,» de sus escritos, digo, apenas conozco una mínima parte de los muchísimos que ha esparcido en las inmensas páginas de *La Nación*, periódico al que ha pertenecido desde su mocedad.

Como no se le ha ocurrido nunca coleccionar siquiera algunos de sus artículos, porque una de las pocas injusticias que le he visto cometer es la de no darles valor ninguno, resulta que para leerlos hay que echarse á buscarlos venciendo el imposible de manejar los enormes volúmenes de la colección de dicho periódico. Y la dificultad de encontrarlos sube de punto por la circunstancia de no ir casi nunca firmados por su autor.

Salvo los de carácter político, que como de costumbre van sin firma alguna, los demás siempre llevan un seudónimo. ¡Qué quiere usted! Cantilo es así. No conoce ni por el forro la vanidad literaria que tan fundadamente podría tener. Una vez ha satisfecho el impulso de conciencia ó de humorismo que le llevan la mano á la pluma, ya nada le pide su amor propio y todo su empeño lo pone en desaparecer. Afortunadamente no lo consigue, y viera usted lo que esto le desespera. Como no abundan por esos trigos escritores que puedan pensar y sepan decir las muchas y buenas cosas que á él se le ocurren, y como «para mayor dolor,» su acerado estilo es lo bastante característico y personal para denunciar á su autor á los pocos párrafos, es de ver cómo le sigue el

lector la pista á Cantilo y cómo se afana en balde Cantilo por despistarle, pretendiendo ocultar tras los seudónimos, cada cuatro días distintos, una personalidad literaria que siempre es la misma. Es algo parecido á la ilusión de la codorniz, que cree ocultar el cuerpo escondiendo la cabeza bajo el ala. Cantilo no quiere convencerse de que allí donde esté su estilo está su firma, y que mientras no halle modo de suprimirse la preciosa cualidad de ser siempre quién es, habrá de resignarse á que le descubran, fírmese *Cándido Perdigones* ó *Bruno* ó *Do-Mayor*.

Si no le conociese tanto, casi sospecharía que ese inútil recato es pura coquetería literaria; pero ya he dicho que ni ésta ni ninguna otra doblez caben en su carácter. Él se oculta por objetivar más lo que escribe, por darle, á favor de esa impersonalidad, que tanto recomendaba Flaubert, mayor eficacia sobre el ánimo del lector. Lo que á él le interesa es el asunto, el objeto del escrito; no el escrito mismo, no su persona. Y como nunca escribe por mero placer de hacerlo, sino proponiéndose algún fin útil, ajeno á su lucimiento personal, como el de ensalzar méritos, censurar extravíos ó satirizar ridiculeces, ya del orden moral, ya del artístico, del literario ó del civil, acaso imagine que sería excesiva jactancia ejercer tales oficios á cara descubierta, porque esto equivaldría en cierto modo á erigir en modelos su persona y sus obras, á considerarse impecable en todos terrenos, á declararse á salvo de aquel precepto de la fábula que dice:

> Procure ser en todo lo posible
> el que ha de reprender, irreprensible;

cosas reñidas con su verdadera modestia, con su falta de pretensiones y también con su buen gusto.

Porque es el buen gusto el que generalmente le impulsa á hacer esos disparos que con tan buena puntería dirige contra todas las deformidades ó aberraciones de cualquier género, que tienen la mala suerte de pasar al alcance de su larga mirada, y que le quitan el sueño hasta que no se ha dado el placer de fustigarlas en uno de esos espirituales artículos que

hacen tanta mella por su causticidad como por sus fundadas razones.

Aunque la crítica es la materia casi constante de sus escritos, adonde la dirige de preferencia es al terreno del arte, objeto constante de sus preocupaciones, de sus goces, de sus estudios. Y es tal la fuerza de su temperamento artístico, que, aunque hubiese prescindido de estudios y reflexiones, él bastaría á guiarle fidelísimamente para la apreciación de la más complicada obra. Tiene la suerte y la desdicha de serle absolutamente imposible dejar de percibir una sola belleza ó un solo defecto, y esto le hace pasar la vida gozando y rabiando.

Pero aunque á todos los órdenes de manifestación artística ó literaria es igualmente sensible, en donde más se concentra su atención y se revela su instinto, su exquisito gusto y su terrible perspicacia, es en el teatro y sus varios géneros. Me atrevo á decir que en esta materia su criterio es infalible, como creo también que el gran error de su vida ha sido el de no consagrarse al cultivo directo de la literatura teatral. Sólo últimamente, y por puro compromiso ó á guisa de humorada, ha producido dos obritas, y en su hábil y certera factura se descubre al punto la destreza nativa de su autor y el error que ha cometido desdeñándola. No es tarde, sin embargo, y aún me prometo de él alguna gran sorpresa que para mí no lo será...

Y á todo esto ya va usted viendo cómo solo datos desperdigados y pocos son los que tengo sobre nuestro común amigo, y con ellos no puedo trazar cumplidamente su figura moral y literaria. Pero entre los pocos rasgos suyos de que puedo dar fe, hay uno que me compensa ó consuela de mi ignorancia de muchos otros; uno que es á mis ojos el que más le caracteriza y á la vez el que más le enaltece como hombre, como escritor y como argentino, y es el perfecto equilibrio con que su espíritu generoso y amplio ha sabido conciliar su amor patrio con su amor y respeto á lo que no es de su tierra. Ama á su patria sin ceguera, sin chauvinismo, sin ilusionarse ni ilusionar sobre sus verdaderas condiciones, ni

ocultarse sus defectos; la ama con ellos, que es como se debe amar á la patria. Y tal vez la ame más que los que alardean de un patriotismo exclusivista sólo por el placer de la exclusión ó por odio al merecimiento ajeno.

Si en el periodismo, si en la literatura y en toda la esfera intelectual argentina imperase como norma absoluta el noble y fecundo espíritu que anima á los Calixto Oyuela, Mariano de Vedia, Joaquín V. González, y ya lo he dicho, mi querido Gabriel Cantilo, muchas más que ahora serían las simpatías y las adhesiones útiles que lograría este interesante país.

Pero concluyo, ya que al cabo no me es posible satisfacer los deseos de usted, porque en resumen yo no sé de Cantilo sino lo estrictamente preciso para admirarle como escritor, envidiarle como crítico y quererle entrañablemente como hombre.

ENRIQUE FREXAS.

Buenos Aires, 30 Junio de 1895.

Á UN ATEO

SONETO

No es sólo Dios el Creador modelo
cuya justicia inapelable aterra:
es perdón y es amor: fuente que encierra
raudales de esperanza y de consuelo.

En vano, en vano con impío anhelo
á ese Dios de bondad moverás guerra.
¡Mientras haya dolores en la tierra
brillarán recompensas en el cielo!

Dios estaba en tu alma; si no escuchas
su voz en el insomnio triste y largo,
¿quién mitiga la pena con que luchas?

Dios estaba en tu alma, y ya vacía,
¿qué luz verá brillar en el amargo
crepúsculo fatal de la agonía?

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.



LAS MORAS

AL INSIGNE POETA Y DIBUJANTE ESPAÑOL

D. APELES MESTRES

Tenía quince años ella,
yo, diez y seis ya cumplidos,
y cuando en busca de nidos
iba al campo la doncella,

A los rojizos fulgores
de la tarde que moría,

con el delantal volvía
lleno de nidos y flores.

En la vuelta de un camino
que empieza en unos sauzales
y entre cercas de rosales
va á las tapias de un molino,

Forma umbría sin igual,
cabe transparente alberca,
el ramaje de la cerca
que se copia en el cristal.

Yo esperaba su regreso
allí en la umbría escondido,
que por haberla ofendido
robándole un día un beso,

Me ví sin remedio á errar
lejos de ella, condenado...
¡mas feliz si por mi lado
lograba verla pasar!

Para no sentir las horas,
que eran siglos esperando,
empleábalas llenando
un canastillo, de moras.

Y una vez... (era á la siesta;
se estremecía el ramaje,
y estaban en el follaje
todas las aves de fiesta).

Pasaba, y el delantal
se le enredó por descuido,
y se le manchó el vestido
con las moras de un zarzal.

Pronta á tomar el desquite,
fué á romper la zarza espesa,
cuando, roja de sorpresa,
dió conmigo en mi escondite...

—¡Cómo! ¿qué hacías aquí?
dijo, bajando los ojos;
y exclamé, puesto de hinojos:
—Coger moras para tí.

Mas con voz en que al desdén
se unía el reproche: —¿Ignoras,
repuso, que á mí las moras
nunca me supieron bien?—

¡Era verdad! Lo sabía;
mas ¿qué mucho, si turbado
hasta olvidé que manchado
de ellas el vestido había?

Mudos quedamos y heridos
por nuestros propios agravios,
cuando reparó en mis labios
también de moras teñidos...

Tan turbado y tan confuso
dejóme el descubrimiento,
que al notar mi aturdimiento
hecha una grana se puso.

El canastillo sentí
de mis manos deslizarse...
ví á la doncella turbarse
y dar un paso hacia mí...

¡Y cuál no fué mi sorpresa
al verla que recogía
una mora que oprimía
entre sus labios de fresa!

Temblaba; se sonrió,
miró en torno con recelo,
cerró sus ojos de cielo
y en mis brazos se arrojó.

Y fué al ver la mora puesta
entre su boca y la mía,
que las aves de la umbría
interrumpieron su fiesta.

¡Oh dulce idilio de amor,
cuyas notas virginales
aún vagan en los zarzales
y los seibos en flor!

Desde entonces, en las horas
en que del campo volvía,
ella la boca solía
traer manchada de moras!

Moisés Numa Castellanos.

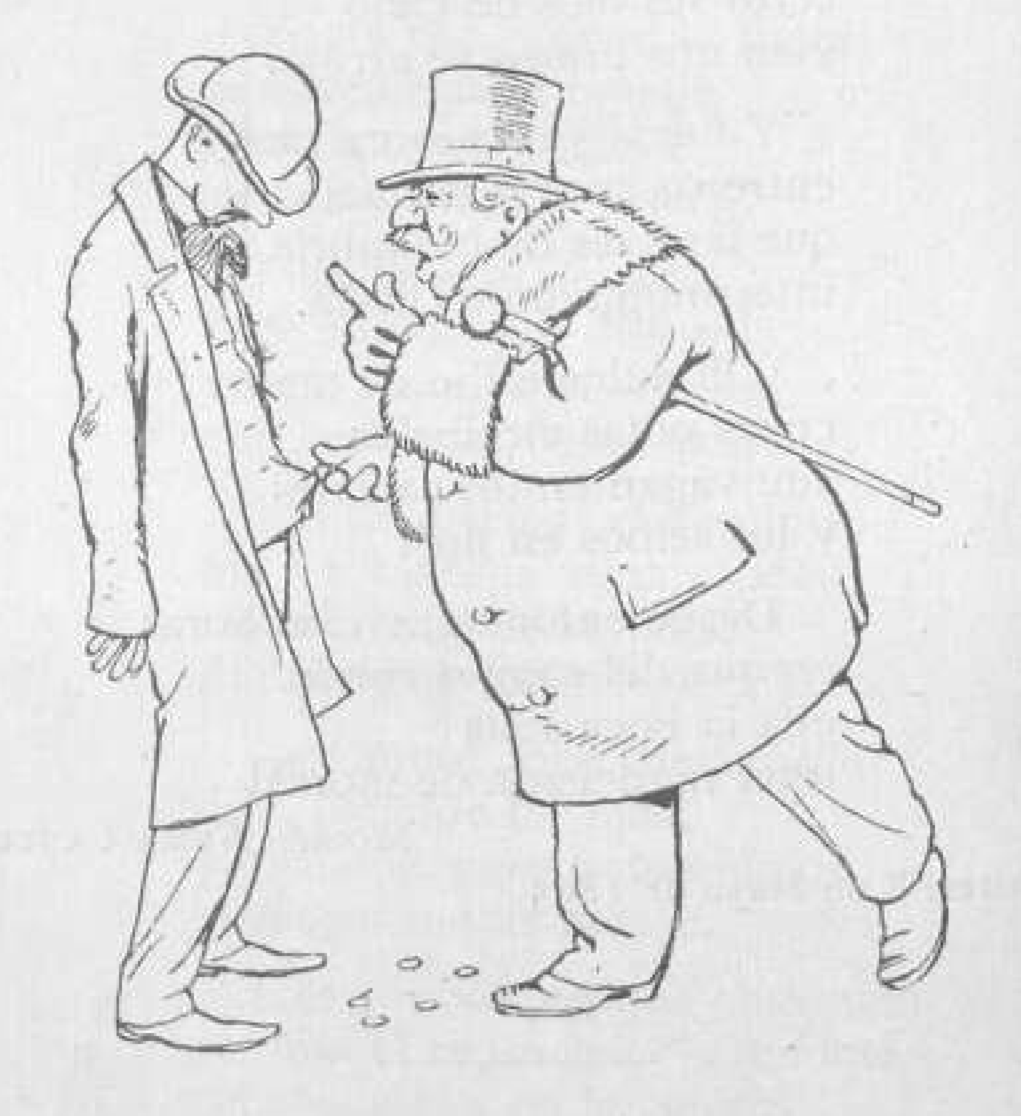
Buenos Aires, 8 de Mayo de 1895.

Un hombre convencido

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



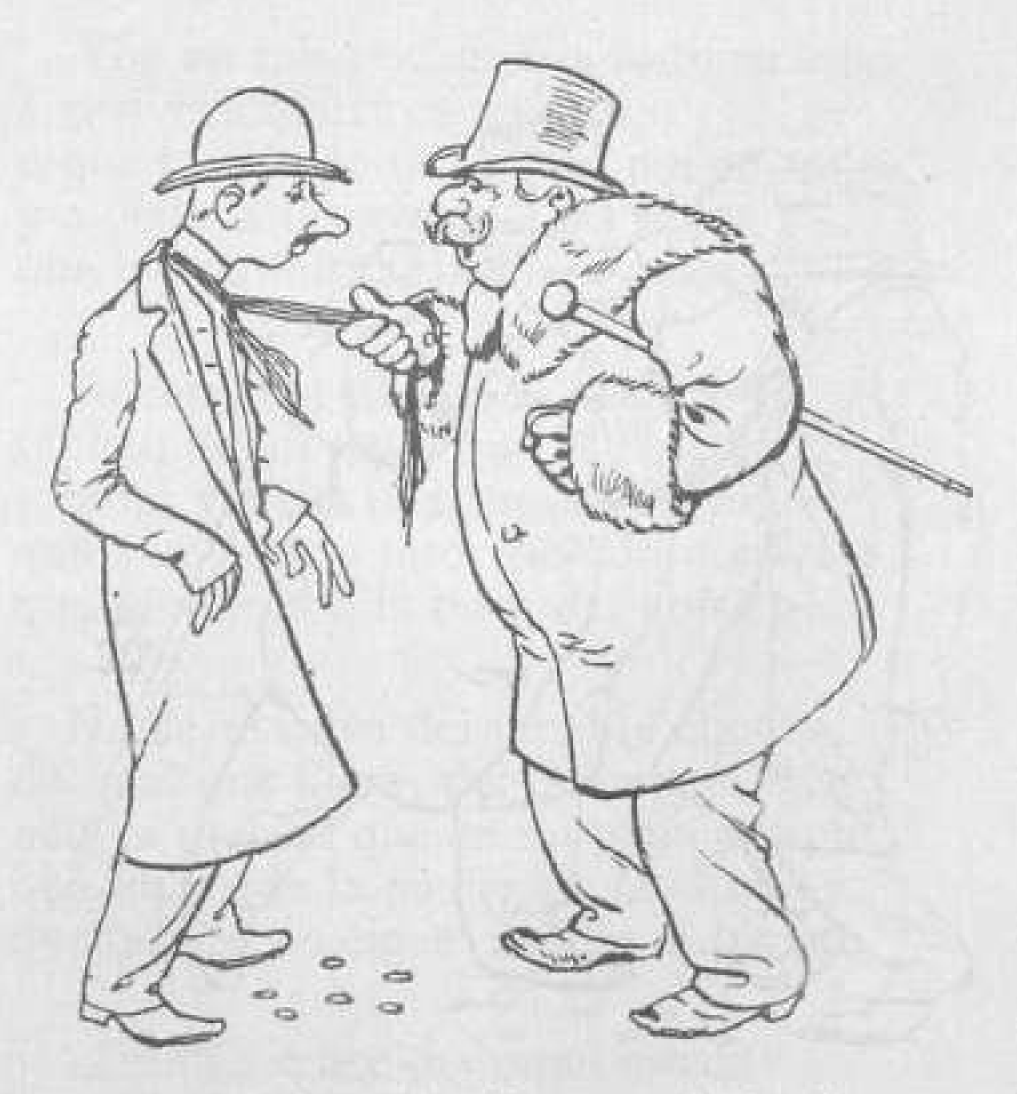
«Desde el primer ciudadano..



hasta el último...



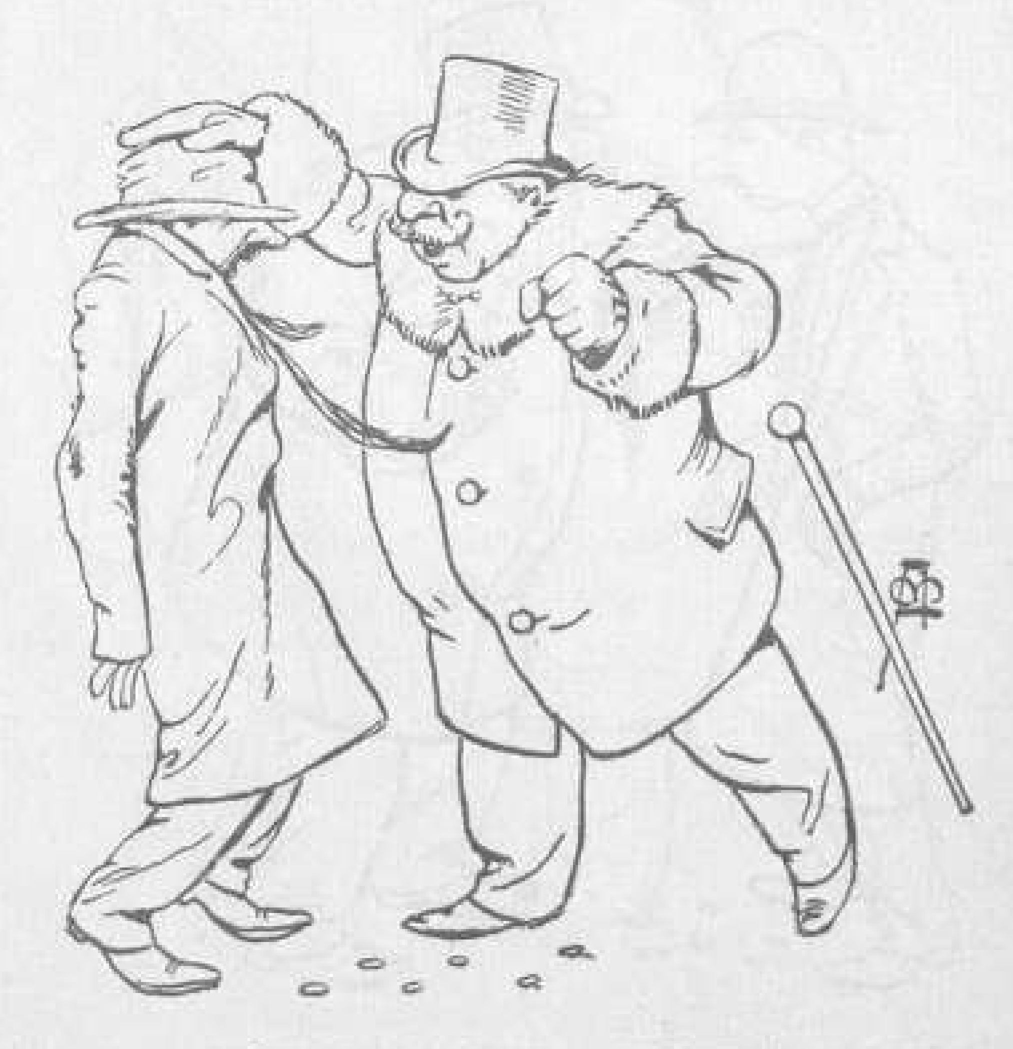
todos carecen de energía! ¡No hay resistencia!



El lazo de la familia está deshecho...



Y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano...



¡la anarquía nos aplasta!»

Á MI ESPOSA

Aún vienen con sus vagas armonías
sobre las alas del nativo viento
y bañadas de azules lejanías,
tu casta frase, tu amoroso acento,
mis dichas viejas y mis claros días.

—

¡No puedes comprender lo que he sufrido!
En la rabiosa tempestad deshecha,
¡cuántas horas amargas he vivido
hundida en mi alma la traidora flecha
que me dejara solitario el nido!

—

Ignoras ¡ay! que en el combate rudo
he regado con sangre mi sendero
con alma fuerte, pero labio mudo:
y al fin entrego mi mellado acero,
pero aún conserva la virtud su escudo.

—

Voy en mis noches á la antigua selva
á revivir fantásticos amores,
á que tu aliento con su tul me envuelva,
y á pedir á las aves y á las flores
que la marchita primavera vuelva.

—

Recorro mi pasado refulgente
repleto de un amor que es fanatismo,
y es mi vida la imagen del torrente
que aumenta su furor cuando presiente
que se acerca á la boca del abismo!

—

Nadie se salva del terrible choque,
del mal que hiere, del dolor que crispa,
mas es preciso que en mi pena evoque,
que ultrajada la piedra da la chispa,
que herido de cincel irradia el bloque.

—

Llena de triste majestad escalas
la colina del bien que me subyuga,
muerta, vestida con obscuras galas...

¿Por qué la carne vil es una oruga
que va al sepulcro á conquistar sus alas?

—

Lejos de tu sepulcro idolatrado
con mi memoria de rodillas llego
á vivir en la aurora del pasado;
¡ah! ¡si pudiera mi incesante ruego
darle forma á tu seno inanimado!

—

¿Qué importan de la vida los enojos?
con la mirada en tu sepulcro fija
apartaré en mi senda los abrojos,
y haré fecunda la virtud de mi hija
con las lágrimas puras de mis ojos.

—

Quedo solo en la costa del destino,
esperando que calmen las mareas
para seguir en marcha, peregrino;—
¡ah! recibe del borde del camino
mi inconsolable ¡adiós! .. ¡Bendita seas!

JULIO N. GALOFRE.

Caracas.

LA SABANA DEL TINTO

Inmensa como el mar, tocando al cielo
silenciosa y desierta, una llanura
extiende su oleaje de verdura
en un confín de mi nativo suelo.

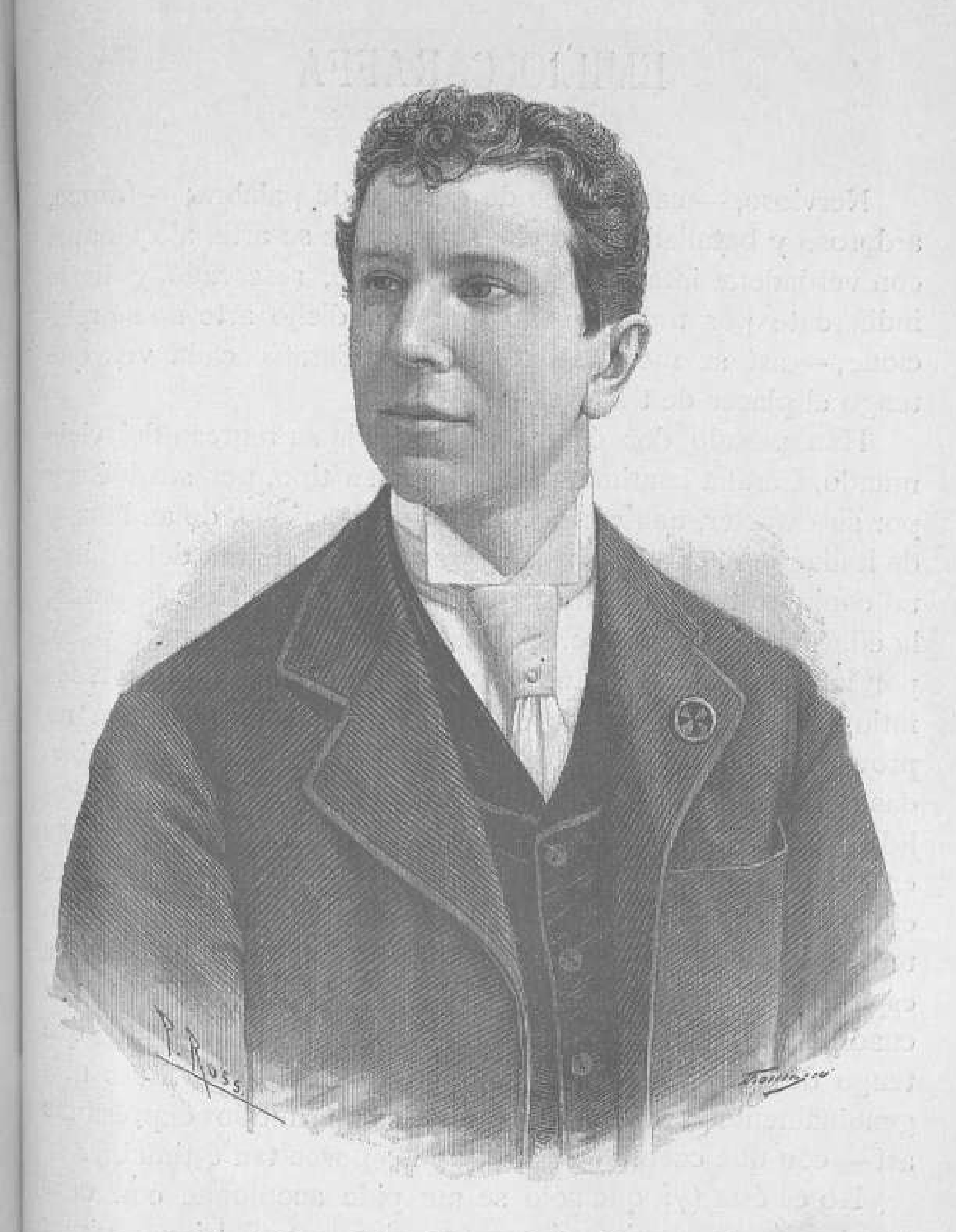
Nunca cuajó el invierno escarcha ó hielo
sobre su agreste pompa y su hermosura;
perenne brisa, susurrante y pura,
en ella tiende sosegado vuelo.

A trechos, el verdor de la pradera
suelen manchar las sombras oscilantes
del sauce tembloroso y la palmera;

Y aquella soledad sólo es turbada
por los mugidos broncos y distantes
del hato que regresa á la majada.

J. CECILIO SANTA-ANNA.

Tabasco (Méjico).



Sr. D. Emilio A. Caraffa

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

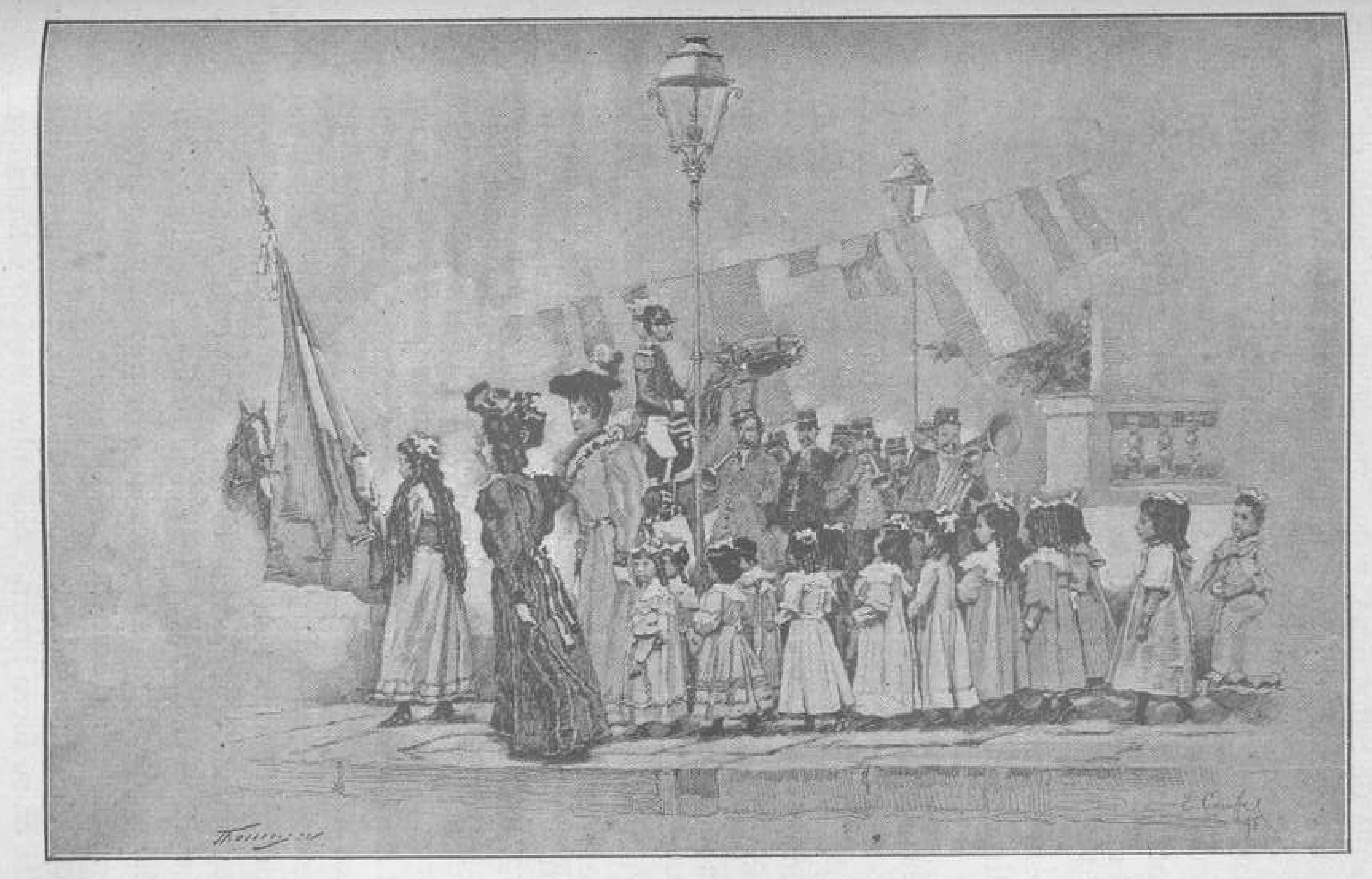
EMILIO CARAFFA

Nervioso, — casi brusco de gesto y de palabra; — franco, ardoroso y batallador cuando se trata de su arte, al que ama con verdadera, intensísima pasión; — frío, reservado y hasta indiferente por todo aquello que con dicho arte no se relacione, — así se me presenta Emilio Caraffa cada vez que tengo el placer de tratarle.

Han pasado dos ó tres años desde su regreso del viejo mundo, Caraffa continúa siendo, por su tipo, por sus ideas y por su carácter, una mezcla simpática de criollo, de andaluz y de italiano. Y, en efecto: hanse reunido en él para determinar tal conjunto tres elementos que llamaré esenciales: la patria, la educación y la sangre. Argentino por la primera, español por la segunda y romano por la última; más de una lucha íntima ha debido trabarse en el fondo de su ser; lucha no provocada, fatal, irresistible, entre las influencias determinadas por el origen, por el medio ambiente y por la nacionalidad. Mas, como es lógico, ha tenido que quedar triunfante en ella el sentimiento de la patria. Es, pues, perfectamente explicable que el artista haya concluído por dedicar por entero á ese sentimiento las facultades más conspicuas de su espíritu. La sola enunciación de los títulos de sus últimos cuadros bastaría para probarlo y para justificar la idea que tengo de que á la fecha es Caraffa uno de los artistas más genuinamente *nacionales* — si me es permitido expresarme así — con que cuenta su país, que los posee tan estimables.

No es ésta (ya que sólo se me pide acompañe con unas cuantas líneas, escritas á escape, el retrato del joven pintor argentino que me ocupa), no es ésta la ocasión de anotar rasgos biográficos y hacer un estudio de la obra ya considerable del mismo. Por lo demás, pocos serán los lectores que no sepan que Emilio Caraffa ha cumplido apenas veintiocho años; que comenzó sus estudios en Nápoles bajo la dirección

REPÚBLICA ARGENTINA



EL 25 DE MAYO EN PROVINCIAS

Composición y dibujo del distinguido pintor argentino don Emilio Caraffa

del insigne Morelli; que pasó en seguida á Roma, á la Academia de San Lucas, y que, por último, se instaló en Madrid, donde estudió á Velázquez, su gran modelo favorito.

Juzgado en Europa con verdadero encomio por artistas y críticos de nota; felicitado, recompensado con distinciones honoríficas, — como la cruz de Carlos III que recibió del gobierno español, — puede decirse que el aventajado estudiante de entonces obtuvo la consagración del talento y capacidades que le daban derecho á regresar á su patria, incorporado definitivamente al gremio escaso de los artistas de alto vuelo.

Una palabra sobre los rasgos principales de ese talento y esas condiciones.

La nerviosidad del toque, la intensidad, el vigor del colorido; la facilidad, la soltura, la nítida brillantez son á mi entender sus cualidades descollantes. Luego lo correcto, lo distinguido de la entonación y un culto constante por la *regla;* un afán de método y de exactitud, esencialmente escrupuloso, — salvo en los casos en que voluntariamente se propone el artista obtener la verdad por medios diversos, que le alejan de su propio sistema, como, por ejemplo, en aquel boceto titulado *Una corrida de toros,* en que la fogosidad de la *impresión* hace olvidar la escasez de dibujo,— lo cual acusa estudio concienzudo, intención deliberada de no apartarse de sus clásicos predilectos, punto en el cual es Caraffa, según mi juicio, el artista más *convencido* que yo conozca en su país. No es extraño, pues, que se le vea demostrarse valientemente irrespetuoso de esas flamantes y pretendidas escuelas modernas con tendencias revolucionarias, que pugnan por entronizar novísimas fórmulas en el arte. No cuadraría, por tanto, á Caraffa el calificativo de «espíritu investigador» *(esprit chercheur),* que otros ambicionan ó merecen ya, sobre todo en Francia. Hay aquí quienes le tachan de *rutinero* y él acepta de buen grado y hasta con orgullo el epíteto, convirtiéndolo, allá en su fuero interno, con ánimo liviano y hasta con júbilo, en algo así como un preciado galardón que se complace en conservar, pues cree, — y no sin razón, — que en materia de

arte lo viejo, lo consagrado por el juicio universal, lo que no ha muerto al través de los siglos, ha sido, es y seguirá siendo, durante largos años aún, lo más digno de ser aplaudido é imitado.

Actualmente reune Caraffa los materiales de que habrá menester para la composición de su obra de mayor aliento: aquella que cimentará una vez más, acentuándola, la reputación ya envidiable de que goza. El cuadro se llamará: *El paso del ejército libertador frente al Diamante*, y será una tela de grandes dimensiones, encargado especialmente al artista por el gobierno de Entre Ríos.

Cuando ese trabajo quede terminado del todo, habrá ocasión de juzgar si el joven artista, que se ha ensayado ya con éxito en tan diversos y variados géneros, tiene condiciones para el más difícil de todos ellos, aquel que lleva por título la *pintura de historia*. Por lo que le he oído, y por la forma en que se propone encarar el arduísimo problema de la composición, ordenación y arreglo de la escena y de los personajes, me atrevo á asegurarle un triunfo ruidoso. Desde luego he creído vislumbrar en él, como cualidad esencial para el caso, una muy importante: la del *poder de creación*, que, según los más notables críticos, es indispensable cuando se aspira á escalar en el género mencionado el alto rango á que tiene derecho el que salga vencedor en la tarea acometida con tal propósito.

ALBERTO DEL SOLAR.

Buenos Aires, Mayo de 1895.

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
donde creció, fragante y solitaria,
bajo el fulgor purísimo de un astro,
una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma,
cual virgen consumida por la anemia,
hoy en mi corazón su tallo asoma
una adelfa purpúrea: la blasfemia.

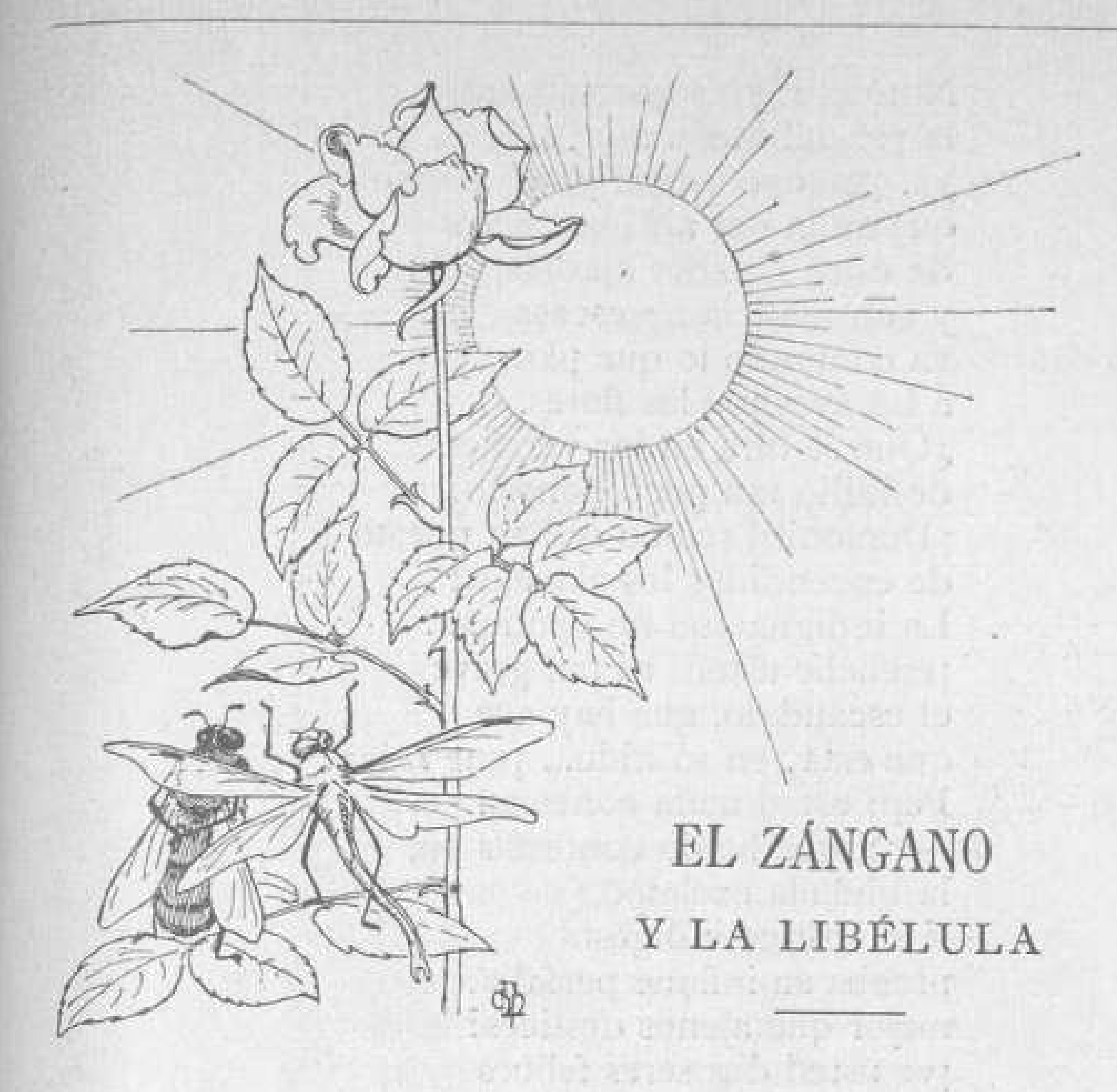
JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

UN... INFIEL



—¿Amor me juras y, cruel,
huyes de mí?
—¡Por Alah!
soy moro, y...
—No lo eres ya,
aunque sigues siendo... *infiel.*
¿No vives de mí alejado,
sin que te ablande mi lloro?
—¿Y por qué no soy ya *moro?*
—Porque estás... *desamorado.*



EL ZÁNGANO
Y LA LIBÉLULA

AL DISTINGUIDO POETA

FRANCISCO SOTO Y CALVO

De entre el brillante arrebol
que encendía nube hermosa
cayó en una blanca rosa
dorado rayo de sol.
Y un zanganote gandul,
que vagaba por el prado,
dijo con gesto irritado
á una libélula azul:
—¿Le parece á usted decente
que en nuestras propias narices
cometa tales deslices
ese rayo impertinente,
que de impuras ansias lleno
finge querer con vehemencia
á una flor que, en su inocencia,
le abre el nacarado seno?
A mí... ¡vamos! estas cosas
me parecen irritantes;
¡creer hoy día en amantes!
¡así se pierden las rosas!

Notó el rayo su hermosura,
la vió débil, sin apoyo,
y... ¿no oye usted? ya el arroyo
que anda por ahí, *murmura*
de estos livianos amores,
y con malicia no escasa
va contando lo que pasa
á las aves y á las flores.
¿Qué se dirá en los verjeles
de idilio tan poco honesto?
¡Demonio! ¡cómo se han puesto
de encendidos los claveles!
La indignación no declina...
¡escuche usted! es tan grave
el escándalo, que hay ave
que está, en su nido... ¡que *trina!*
Pero usted nada contesta...
—¿Y qué he de contestar yo,
la libélula exclamó,
si su crítica indigesta
prueba su infame perfidia,
mejor que ajenos deslices?
¡ve usted dos seres felices
y se le come la envidia!
—Es que un hecho semejante
pide castigo, y no flojo.
—No fuera tanto su enojo
á ser usted el amante.
—¿Yo amante, y siempre dudé
del amor? ¡vaya un error!
—¡Qué ha de creer en el amor,
si nadie le quiere á usté!
—¿No trinan las aves todas
contra ellos?
—Está usté en babia;
lo que cree trinos... de rabia,
es dulce canto de bodas.
—¿Y el arroyo que murmura?...
—Ni *murmura* ni se queja:
va, de tan gentil pareja,
pregonando la ventura.
Arroyos, aves y flores
hacen, de amor delirantes,
á nuestros regios amantes
objeto de sus loores.
Sólo usted aquí se ensaña,
atufadas las narices,

contra esos seres felices,
y su actitud no me extraña,
que aunque deba, por política,
¡y así la envidia le roa!
callar, sé que en toda loa
mezcla el zángano su crítica.

Casimiro Prieto.

CONTRADICCIONES

DOLORA

I

Se halla con su amante Rosa,
á solas en su jardín,
y ya en su empresa amorosa
iba tocando á su fin,
cuando ella entre la arboleda
trasluce el grupo encantado
en que, en cisne transformado,
ama Júpiter á Leda;
y encendida de rubor,
viendo el grupo repugnante,
se alza, rechaza al amante,
y exclama, huyendo: — ¡Qué horror!

II

Corrida del mal ejemplo,
entra á rezar en un templo;
mas al ver Rosa el ardor
con que en el altar mayor
una Virgen de Murillo
besa á un niño encantador,
volvió en su pecho sencillo
la llama á arder del amor.

III

¿Será una ley natural,
como afirma no sé quién,
que por contraste fatal
lleva un mal ejemplo al bien
y un ejemplo bueno al mal?

Ramón de Campoamor.



EL FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,
sobre el lomo rollizo de su jumento,
mendigando limosnas para el convento
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana
que á la misa convoca con dulce acento
y se pierde en las nubes del firmamento
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
pende de su cintura tosco rosario,
cestas de provisiones su mente forja,

Y escucha que, á lo largo del gran camino,
respondiendo al rebuzno de su pollino,
silba el aire escondiéndose entre la alforja.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

LAS INCONSTANTES

LA OLA

Allá viene la ola, la pérfida, la hija caprichosa del viejo ebrio: se estremece, es frágil como la nube, nerviosa como su hermana, la mujer. Viene rizada con su blanca blonda de espumas, cantando la canción del náufrago, y bromeando y riendo se tiende negligentemente sobre la playa y besa la arena; pero el anciano hecho de sal se enfurece y la llama con su voz ronca; ella, atemorizada, se retira melancólicamente y se aleja suspirando hacia otras playas, mientras que el viejo gruñe y siente celos.

Allá va la ola, la pérfida, la hija caprichosa del viejo ebrio: ya olvidó la orilla que besó al nacer el día. Se oculta el sol, y ella sigue su marcha, bromeando y riendo, con sus cadencias melodiosas, relampagueando plata, á otra costa de cerros muy verdes, donde hay caracoles, conchas, grandes peñas, moluscos que duermen...

LA NUBE

Se despereza voluptuosamente bajo la arcada del misterio: ella ha creado el país de los sueños; es la encargada de hacer variar el panorama místico; creó las sombras y creó el amor; es la etérea errante, la bohemia mágica. Forma el alba, se mancha de carmín, se envuelve en peplos de oro luminoso, se tiñe de rubio... Es un velo de novia, luego una flecha, un león, un haz de espigas, un destello, una corona de laureles, un manto funerario; y se pierde, lejos, muy lejos, vaporosa, pálida, para aparecer en otras regiones salpicada de luz, sangrienta, tormentosa, vestida de negro.

Reina del aire: tú fecundas la madre tierra, tú adornas el traje blanco de la Aurora, tú traes la alegoría á la leyenda

bíblica que formó el cielo y divinizó el color azul; tú eres sagrada porque vives en la altura, tú eres diosa porque eres adorada; pero eres variable, eres deleznable. Simbolizas lo ideal: eres la ironía.

LA MUJER

Hermosura y nervios, belleza, desdén, orgullo. Eres frágil porque te enamoras de un perfume, de una flor, de una piel teñida.

Eres frágil porque tus cabellos ondulan á merced del viento, porque tus ojos jamás descansan, porque tu vaho es la brisa del pudor convertida en voluptuosidad, el mareo de una virginidad fogosa, la huella silenciosa del misterio.

El amor es tu hoguera: allí te incendias. El amor es tu altar: allí está tu cáliz. El amor es tu crepúsculo: allí están tus esplendores y tus sombras.

Tú vives del recuerdo: eres la frívola adorable, la nodriza divina que reparte la ambrosía y da el brebaje á los profanos del santo himeneo.

Tú purificas ó corrompes; tú haces ablución en los ritos misteriosos del dolor, ó caes sensual abrazada del vicio en los mudos santuarios del placer. Eres ángel, eres estatua, eres esfinge.

LA MUCHEDUMBRE

La carne hecha mármol, la masa inconsciente é histérica; un ronquido de beodo que acompaña las pantomimas de un payaso, glorificando lo que ayer despreció. La entusiasma la voz potente de un tribuno ó el sonido seco de un cuerno; se embriaga con la música y con la pólvora; es un tejido enorme de nervios excitados por la impresión del momento, dominados por la mueca exagerada de un saltimbanqui. Destroza por un símbolo, arroja incienso y flores ante la espuma criminal de un lago de sangre. Desaparece la idea de humanidad

ante un personalismo pasajero. Es un titán que se convierte en niño.

La animación de la fiebre, la voluntad en el decaimiento de las grandes crisis, el vértigo enervante de las agrupaciones; y después, nada, decepción; caen los falsos ídolos, y la misma masa que los elevó se alza poderosa para aplastarlos. Es la ola humana: tiene la ironía de la nube y los caprichos de la mujer.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Caracas.



CRISÁLIDA

Es el verbo crisálida en capullo,
y fecunda sus celdas luminosas
el alma inexcrutable de las cosas
que desdeña por simples el orgullo.

Yo las sigo en el cósmico barullo
y advierto en vibraciones misteriosas
como un sordo incubar de mariposas
en el fondo del rayo y del arrullo.

¿Qué aliento vivo las fecunda y crea
y en ellas pone singular decoro?
El alma de las cosas, que es la Idea;

Y si el soplo del arte las anima,
al punto rompen el capullo de oro
y vuelan con las alas de la rima!

JUSTO A. FACIO.

San José de Costa Rica.